

DESDE
EL *Barrio* AL
ALAMBIQUE
Y LA *Gallera*



Juan Llanes Santos

Oficina Estatal de Conservación Histórica
Oficina del Gobernador
Puerto Rico

DESDE
EL *Barrio* AL
ALAMBIQUE
Y LA *Gallera*

Derechos reservados

Esta obra no puede ser bla bla bla Esta
obra no puede ser bla b
la bla Esta obra no puede ser bla bla bla Esta
obra no puede ser bla bla bla Esta o
bra no puede ser bla bla bla Esta
obra no puede ser bla bla bla Esta obra no puede ser bla bla bla Esta
obra no puede ser bla

bla bla Esta obra no puede ser bla bla bla Esta
obra no puede ser bla bla bla



DESDE EL *Barrio* AL ALAMBIQUE Y LA *Gallera*

Juan Llanes Santos

Oficina Estatal de Conservación Histórica
Oficina del Gobernador
Puerto Rico

Otra información
Derechos reservados

Esta obra no puede ser bla bla bla Esta
obra no puede ser bla b
la bla Esta obra no puede ser bla bla bla Esta
obra no puede ser bla bla bla Esta o
bra no puede ser bla bla bla Esta
obra no puede ser bla bla bla
Esta obra no puede ser bla bla bla Esta
obra no puede ser bla

bla bla Esta obra no puede ser bla bla bla Esta
obra no puede ser bla bla blaser
bla bla bla Esta Esta obra no puede ser bla bla bla Esta
obra no puede ser bla b
la bla Esta obra no puede ser bla bla bla Esta
obra no puede ser bla bla bla Esta o
bra no puede ser bla bla bla Esta
obra no puede ser bla bla bla
Esta obra no puede ser bla bla bla Esta
obra no puede ser bla

bla bla Esta obra no puede ser bla bla bla Esta
obra no puede ser bla bla blaser bla bla bla Esta

obra no puede ser bla bla bla Esta o
bra no puede ser bla bla bla Esta
obra no puede ser bla bla bla Esta obra no puede
ser bla bla bla Esta
obra no puede ser bla

TABLA DE CONTENIDO

MENSAJE DE LA DIRECTORA	6
PRÓLOGO	14

Desarrollo urbano de la Playa de Ponce, 1800 - 1960

INTRODUCCIÓN	6
DESARROLLO URBANO DE LA PLAYA DE PONCE, 1800-1845	14
DESARROLLO URBANO DE LA PLAYA DE PONCE, 1845-1898	23
DESARROLLO URBANO DE LA PLAYA DE PONCE, 1898-1960	56
CONCLUSIÓN	78
BIBLIOGRAFÍA	88

DEVELOPMENT OF THE RUM INDUSTRY IN PUERTO RICO (1520 – 1960)

INTRODUCTION	89
RUM INDUSTRY IN PUERTO RICO, 1520-1800	95
RUM INDUSTRY IN PUERTO RICO, 1800-1898	110
RUM INDUSTRY IN PUERTO RICO, 1898-1917	125
RUM INDUSTRY IN PUERTO RICO, 1918-1934	177
RUM INDUSTRY IN PUERTO RICO, 1934-1945	179
RUM INDUSTRY IN PUERTO RICO, 1945-1960	180
CONCLUSION	183
BIBLIOGRAPHY	184

Beaks and Spurs: Cockfighting in PUERTO RICO

INTRODUCTION	190
COCKFIGHTING, A BRIEF OVERVIEW	191
COCKFIGHTING IN PUERTO RICO, 1770-1898	195
COCKFIGHTING IN PUERTO RICO, 1898-1934	199
COCKFIGHTING IN PUERTO RICO, 1934-1980	200
CONCLUSION	201
BIBLIOGRAPHY	205

MENSAJE DE LA DIRECTORA

Con la llegada del historiador Juan Llanes Santos a la OECH/SHPO, en diciembre de 2003, comenzó lo que ha sido una notable producción de estudios e investigaciones, conducentes a nominar edificios y propiedades históricas de Puerto Rico al Registro Nacional de Lugares Históricos. En estos 12 años, la diversidad temática abordada por Llanes, como autor o colaborador, no deja de sorprender. Galleras, escuelas, casonas, iglesias, observatorio, planta nuclear, puentes....forman una abultada y heterogénea lista. En esas nominaciones, a la fecha más de treinta, el historiador vierte, con un evidente sesgo de modernidad, su pasión por la historia de Puerto Rico. El otrora profesor universitario, ahora especialista en propiedades históricas, lleva su mensaje a las aulas de las universidades y a las escuelas públicas de nuestro país. Su erudición, mal disimulada por su mesurada y callada presencia, aflora en esta breve selección de investigaciones que ha realizado en la Oficina. Sirva esta antología como un más que merecido reconocimiento a su trabajo y empeño.

FOREWARD

The arrival of Historian Juan Llanes Santos to the Oficina Estatal de Preservación Histórica / State Historic Preservation Office, in December of 2003, signaled the beginning of a series of studies and research projects, leading to the nominations to the National Register of Historic Places of a variety of properties and historic buildings. In these 12 years, the thematic diversity taken on by Llanes, as author or collaborator, does not cease to amaze. Galleras, public schools, casonas, churches, observatory, nuclear plant, bridges...make up a heterogeneous and fascinating list. In these nominations, more than thirty to date, the Historian shows his passion for the history of Puerto Rico, displaying a refreshing contemporary viewpoint. The former college professor, now a specialist in historic properties, takes his message to universities as well as public school halls throughout the island. The scholar, barely concealed by his modest and discreet presence, comes to the surface in this brief selection of texts. We hope this anthology serves as a well-deserved recognition of his work and achievements.

Arql. Diana López Sotomayor

PRÓLOGO

Los artículos aquí reunidos presentan tres trasfondos históricos trabajados para la Oficina Estatal de Conservación Histórica. Estos sirven de base para nominar recursos representativos de los mismos al Registro Nacional de Lugares Históricos de los Estados Unidos (*National Register of Historic Places*), donde se incluyen propiedades cuyo valor histórico y cultural tienen especial significado en el ámbito nacional puertorriqueño, regional caribeño y territorial norteamericano. El Registro es amplio e incluye edificios, estructuras, objetos, sitios y distritos de interés histórico y cultural. Figurar en dicho registro, después de haber pasado un largo proceso evaluativo -que incluye identificar la propiedad, documentar su relevancia histórica y pasar el escrutinio reglamentario de autoridades locales y federales-, contribuye a crear y cimentar la conciencia comunitaria sobre la importancia de preservar la propiedad registrada o, en el peor de los casos, documentarla para la historia, si por alguna razón se perdiese. Divulgar a un público más amplio el valor histórico y cultural de nuestro patrimonio propicia su potencial económico y refuerza los cimientos de nuestra identidad.

Los títulos de los ensayos no ocultan misterios: “El desarrollo de la industria del ron en Puerto Rico (1520-1960)”, “Picos y espuelas: las peleas de gallos en Puerto Rico” y “El desarrollo urbano de la Playa de Ponce, 1800-1960”. La primera impresión que podría recibirse cuando se leen los títulos es que se trata de temas muy diferentes entre sí desde la perspectiva tipológica: una industria, un deporte y un distrito urbano. Y no hay duda de que cada uno tiene sus particularidades bien definidas. Sin embargo, cuando conocemos sus orígenes y evolución en el marco amplio del desarrollo socioeconómico, político y cultural del país, encontramos interesantes afinidades que de un modo u otro se entroncan, dándole cohesión al libro. La más evidente es el impacto causado por el cambio de metrópoli, a raíz de la invasión norteamericana en 1898.

El objetivo que guió la investigación y redacción de los ensayos delimita su alcance. No se trata de escritos exhaustivos sobre cada una de las tipologías estudiadas, sino ensayos dirigidos a probar los méritos de propiedades a ser evaluadas, bajo temas que las cualificarían para formar parte del Registro. No obstante, estos escritos constituyen excelentes síntesis, respaldados por una rigurosa investigación, que ofrecen un panorama general sobre el origen y desarrollo de estos lugares en

el contexto histórico, económico y social de Puerto Rico a lo largo del tiempo. En el análisis histórico destacan de manera particular aquellos rasgos y valores que los distinguen y por los cuales deben conocerse, destacarse y preservarse.

Como indica su título, “*El desarrollo de la industria del ron en Puerto Rico (1520-1960)*” nos lleva en una interesantísima travesía, desde el origen de la espirituosa bebida en tierras caribeñas, las altas y bajas de la industria a lo largo de varios siglos, los nexos con la caña de azúcar, el enlace con la trata esclavista, los factores externos que afectan el desarrollo de la industria, los vínculos clandestinos y legales con los mercados externos y las intervenciones de los gobiernos metropolitanos e insulares para controlarla, prohibirla, protegerla o, en la mayoría de los casos, asegurar una buena rentabilidad fiscal al erario público. Particularmente interesante es el segmento referente al siglo XX, cuando los rendimientos de la industria se convierten en el sostén principal de la economía insular.

Pocas veces estamos conscientes de cuánto le deben al ron las exitosas iniciativas socio-económicas durante las primeras décadas del establecimiento del Estado Libre Asociado y algunas de sus instituciones emblemáticas, como la Junta de Planificación, La Compañía de Fomento Industrial, La Corporación de Renovación Urbana y Vivienda, la Autoridad de Fuentes Fluviales (hoy Autoridad de Energía Eléctrica), la Autoridad de Acueductos y la Operación Manos a la Obra. La mayoría de las obras emprendidas por ellas fueron financiadas por los recaudos del impuesto devengado del ron. Entonces, no hay que extrañarse de que el gobierno insular mantenga su apoyo a la industria, vigile la calidad de nuestro producto principal para mantenerlo competitivo en el mercado exterior, sobre todo el estadounidense, y desarrolle atractivas campañas publicitarias destacando sus cualidades y su identificación con la cultura puertorriqueña tradicional.

El segundo artículo, “*Picos y espuelas: las peleas de gallos en Puerto Rico*”, combina la historia de un deporte muy popular en Puerto Rico, sobre todo entre el sector masculino, con la de la tipología arquitectónica de la gallera, lugar donde se desarrollan sus diversas actividades. Como antes con la industria del ron, el relato nos conduce a través del tiempo, deteniéndose en las distintas etapas de su evolución. Aunque el autor asume que las peleas de gallos existen desde los primeros años de la colonización española, uno de los primeros documentos conocido sobre el tema data de 1770, cuando el gobierno empezó a reglamentarlas. Y como sucedió con el ron, la legislación controladora y fiscalizadora del gobierno español reguló temprano la ubicación de las

galleras en las urbes y su horario, en un fútil intento de evitar que los varones de la clase trabajadora perdieran horas laborables jugando a los gallos. Cuando aumentó la población en el siglo XIX y la isla experimentó una rentable transformación económica centrada en las industrias de la caña y el café, la reglamentación del deporte arreció mediante artículos en los bandos de policía, edictos de obispos y gobernadores, y minuciosos reglamentos. Estos incluyeron el comportamiento que debía mantenerse en el local, las cargas fiscales correspondientes, e incluso especificaciones estructurales que debían cumplirse en la construcción de las galleras, creándose así la base de su tipología característica. Más, junto a la legalidad urbana, se mantuvieron los juegos clandestinos, sobre todo en las zonas rurales alejadas del control gubernamental.

El autor destaca, como valor singular de este deporte, el discurso de integración social que trajo consigo desde tiempos remotos, pues personas de diferente razas y clases sociales se mezclaba sin remilgos, algo que los reglamentos trataron inútilmente de contener, ordenando que se respetaran los cánones establecidos de subordinación raciales y sociales. Se les prohibía asistir a las peleas a los esclavos y a los trabajadores asalariados en días de trabajo, amenazando a los administradores de las galleras con multas por promover la vagancia. En realidad, la práctica se alejaba de las pretensiones oficialistas.

Recién llegados a Puerto Rico, los norteamericanos prohibieron las peleas de gallos, uno de tantos choques culturales que se sucedieron. Pero, como ocurrió con el ron caña o pitorro durante la época de la Prohibición, cuando el gobierno lo vetó, surgió el desafío clandestino, que mantuvo viva una práctica de siglos arraigada en el país. Las transgresiones fueron continuas y la fiesta de gallos continuó de manera furtiva hasta 1933, sobre todo alejada de los centros urbanos. Mas el deporte involucraba también a grupos de poder que reclamaban su regreso a la legalidad. El reto llegó al punto de confrontación entre la legislación insular y el gobernador norteamericano de la isla, que finalmente cedió y legalizó las peleas de gallos en 1933. A partir de ese momento, el deporte evolucionó, reglamentado e institucionalizado por el gobierno insular, que apreció no solo el regreso de una tradición ancestral, sino su gran potencial económico. En la actualidad está bajo estricto control gubernamental y es el deporte organizado que más contribuye al erario público, con actividades que alcanzan cifras millonarias. La estructura física de las galleras también ha estado sujeta a normas de construcción que responden a los usos y prácticas del deporte, lo que ocasiona diferencias en su apariencia, pero a la vez mantienen un tipo característico que las hace inconfundibles en nuestro paisaje urbano y rural.

El ensayo “*El desarrollo urbano de la Playa de Ponce, 1800-1960*” abarca un distrito histórico emblemático para la ciudad reina del sur de Puerto Rico y parte de un Reconocimiento General realizado conjuntamente entre la Oficina Estatal de Conservación Histórica y la Escuela de Arquitectura de la Pontificia Universidad Católica de Ponce. Siguiendo el esquema de los artículos precedentes, se presenta la evolución del barrio desde sus comienzos en la zona portuaria y su entronque con el desarrollo económico y social de la ciudad y del país. Hablar de “la Playa de Ponce” remite a su puerto y, sobre todo, a los períodos de esplendor del siglo XIX, cuando dominaba el dinámico movimiento mercantil del país. Es en esta época cuando el barrio echa raíces y se desarrolla la morfología urbana inicial con tres tipos de trazado cónsonos con el uso dado a los terrenos: los grandes almacenes, la presencia administrativa oficial y los asentamientos poblacionales de las clases propietarias y trabajadoras. Las dos primeras siguieron el esquema reticular dirigido por la oficialidad municipal, trazado que seguía las normas urbanas adoptadas desde el siglo XVI en San Juan y refrendadas en los bandos de policía y buen gobierno que dictaban los gobernadores y en otras ordenanzas municipales. La tercera mantuvo las formas irregulares usuales de los establecimientos espontáneos de viviendas unifamiliares. Las oportunidades económicas creadas por las actividades en el sector, tales como las portuarias, agrícolas e industriales, provocó un sostenido aumento de población, sobre todo del sector trabajador, que impartió el carácter proletario dominante en el barrio.

La importancia económica del área, también conocida como la Marina, la mantuvo en el ojo de los funcionarios municipales, dispensándole un cierto trato preferencial en asuntos políticos, administrativos y económicos recelados por otros barrios. De ahí que los adelantos en la comunicación que llegaron a Ponce en las últimas décadas del siglo XIX tuvieron en común un recorrido que partía del centro de la ciudad y terminaba en La Playa: la primera línea telefónica (1880), la primera sección de líneas ferroviarias del tren de circunvalación y el primer tren eléctrico. La Marina tenía también dos cables telegráficos submarinos, uno que conectaba con Jamaica (1873) y otro con Santa Cruz (1875), y recibía de manera regular barcos correos procedentes de España, Inglaterra, Alemania y Estados Unidos. La presencia de extranjeros vinculados a estas actividades mercantiles, daban un cierto aire cosmopolita al centro de la ciudad y a su zona portuaria.

El artículo nos lleva a conocer los distintos períodos históricos y sus efectos sobre el distrito urbano. Abunda en la distribución de la población, de acuerdo a su condición socio-económica, y los cambios

poblacionales que experimenta, sobre todo a partir de las transformaciones que trae la dominación norteamericana después de 1898. Trata los trazados urbanos y las tipologías de las casas que se edifican en los distintos sectores, las edificaciones relacionadas con el nuevo orden norteamericano -como las escuelas y las iglesias protestantes-, y las consecuencias tras los cambios en las actividades económicas durante distintas etapas del siglo XX. Se ocupa del modo como ocurre la proletarización del barrio, a raíz del traslado de la actividad portuaria al puerto de Peñoncillo en 1914, y el surgimiento de otras actividades en la localidad que atraen nuevos trabajadores, muchos de ellos desplazados de la montaña ante el colapso de la industria cafetalera. Estos se van instalando en las inmediaciones ya urbanizadas de la playa, formando arrabales, como sucedió también en el área metropolitana de San Juan. Avanzado el siglo XX e inicios del XXI, se observa una situación opuesta de emigración de la población entre 21 y 50 años, por la disminución en las oportunidades laborales. Aún así, la Playa de Ponce retiene un encanto particular estrechamente asociado a su rica trayectoria histórica.

Para concluir esta embocadura, unas palabras sobre el autor, el Especialista en Propiedad Histórica, Juan Llanes Santos. Ese es su título oficial en la Oficina Estatal de Conservación Histórica, mas es pertinente conocer que es un historiador formado en el Programa Graduado del Departamento de Historia de la Universidad de Puerto Rico y un excelente investigador, como lo demuestran los artículos recogidos en este libro. Si bien es cierto que el propósito que los originó fue la inscripción de propiedades en el Registro Nacional de Lugares Históricos, los ensayos sobrepasan por mucho el cometido, tanto por su extensión, como por la calidad de la presentación. Es encomiable la profundidad de la investigación, la seriedad en el manejo e identificación de las fuentes que sustentan sus explicaciones, la contextualización histórica a nivel macro y el entusiasmo que se nota tras cada línea escrita. Mis felicitaciones al autor por un trabajo muy bien realizado y a la Oficina Estatal de Conservación Histórica por su interés en divulgarlo mediante esta publicación.

Lo vertido en esta antesala es apenas una pequeña muestra que espero les despierte la curiosidad, les anime a leer el libro y, sobre todo, a conocer a través de sus páginas un poco más sobre la historia de nuestro país.

María de los Ángeles Castro Arroyo
Universidad de Puerto Rico

PROLOGUE

The articles gathered here present three historical backgrounds developed for the State Historical Preservation Office. These serve as a base to nominate resources to the National Register of Historical Places of the United States, where properties, whose historical and cultural values have a special significance to the national Puerto Rican, regional Caribbean and territorial North American areas, are included. The Registry is ample and includes buildings, structures, places and historical and cultural districts of significance. Appearing in such a registry, after having gone through an extensive evaluation process -which includes identifying the property, documenting its historical relevance and passing the official scrutiny of the local and federal authorities-, contributes to creating and consolidating a consciousness within the community about the importance of preserving the registered property or, in the worst case scenario, document the property for historical purposes, if for some reason it was lost. Exposing to a wider public the historical and cultural value of our heritage promotes its economic potential and reinforces the foundation of our identity.

The titles of the essays hide no mysteries: “The Development of the Rum Industry in Puerto Rico (1520-1960)”, “Beaks and Spurs: Cockfighting in Puerto Rico” and “The Urban Development of La Playa de Ponce, 1800-1960”. A first glance at the titles might lead to the assumption that the themes are very different, from a typological perspective: an industry, a sport and an urban district. And there is no doubt that each one has well defined peculiarities. However, when we get to know their origins and evolution in the larger framework of the socioeconomic, political and cultural development of the island, we find interesting affinities that one way or another intertwine, giving the book cohesion. The most evident is the impact caused by the change in metropolis, as a result of the North American invasion in 1898.

The objective that guided the investigation and development of the essays delimits their reach. These are not exhaustive writings about each of the typologies studied, instead the essays are directed towards proving the merits of the properties to be evaluated, focusing on the subjects that would qualify them to form part of the Register. Nevertheless, these writings constitute an excellent synopsis, backed by a rigorous investigation, that provides a general view on the origin

and development of these spaces in the historical, economic and social context of Puerto Rico throughout time. With this historical analysis, particular features and values come to light, distinguishing the properties and providing ample reasons for their preservation.

As the title suggests, “*The Development of the Rum Industry in Puerto Rico (1520-1960)*” takes us on a thought-provoking journey, from the origins of the spirited drink in the Caribbean, the highs and lows of the industry spanning various centuries, the direct connection with sugar cane, the link to the slave trade, the external factors affecting the development of the industry, the clandestine and legal associations with external markets, and the intervention of the metropolitan and insular governments to control, prohibit, protect and, most times, guarantee a solid profit for the public treasury. Particularly interesting is the segment referring to the twentieth-century, when the industry’s earnings became the main sustenance of the insular economy.

We rarely acknowledge the debt owed to the rum industry for the successful socio-economic initiatives that developed during the first decades of the establishment of the Commonwealth (*Estado Libre Asociado*), and its emblematic institutions, like the Planning Board (*Junta de Planificación*), the Puerto Rico Industrial Development Company (PRIDCO), the Corporation for Urban and Residential Renewal, the Puerto Rico Electric Power Authority, the Aqueducts and Sewers Authority and Operation Bootstrap. The tax earnings from the rum industry financed most of their achievements and, consequently, the insular government continues its support of the industry, as it watches over quality standards to maintain a competitive edge in the foreign markets, especially in the United States, and develops attractive advertising campaigns highlighting the rum’s qualities and its status as a symbol of traditional Puerto Rican culture.

The second essay, “*Beaks and Spurs: Cockfighting in Puerto Rico*”, combines the history in Puerto Rico of this sport, very popular among the male population, with the architectural typology of the cockfighting ring (*gallera*). As before with the rum industry, the tale guides us through time, stopping at the different stages of its evolution. Even though the author assumes that cockfights exist since the early years of the Spanish colonization, one of the first known documents on the subject was presented in 1770, when the government first attempted to regulate the sport. And as with rum, the Spanish government’s regulatory and authoritarian legislation established the location of the *galleras* in the urban centers and the operating hours, in a futile effort

to stop working class males from missing work to bet and engage in the fights. With the population growth of the nineteenth-century, the island experimented a profitable economic transformation centered on sugar cane and coffee, and subsequently, the restrictions on the sport became harsher, implemented by the police, church bishops and governors. These included the expected behavior in the *galleras*, the amount of taxes imposed and even the structural specifications that should be implemented in the construction of the *galleras*, thus creating the base for its characteristic typology. Nevertheless, the clandestine fights, taking place mostly in rural areas away from government control, challenged the urban legality.

As one of the sport’s outstanding contributions, the author highlights the social integration discourse that cockfighting brought forth since ancient times, as people of different races and social classes mixed without concern or bother, something the official regulators tried to contain in vain, ordering the proper respect of the established racial and social principles. Slaves were prohibited from attending the fights and salaried workers were banned during workdays, threatening the *gallera* administrators with severe fines for promoting vagrancy. In truth, the practice endangered the official status quo.

As soon as they arrived in Puerto Rico, the Americans prohibited cockfights, one of the first of many cultural shocks that transpired. But, as with Puerto Rican moonshine (*pitorro* or *ron caña*) during the Prohibition Era, a clandestine challenge emerged with the government veto, keeping the centuries old practice alive. The transgressions were unstoppable and the cockfighting festivities continued illegally, mainly in rural areas, until 1933. The sport had supporters in powerful circles, who demanded its legalization. After many confrontations between the insular legislature and the American governor on the island, cockfighting was again legalized in 1933. It evolved from that point on, ruled and administrated by the local government, which appreciated not only the return of the ancestral tradition, but also its great economic potential. Today, cockfights are under strict government control and contribute millions of dollars to the local economy, more than any other organized sport on the island. The physical structure of the *galleras* has also been subject to construction norms, responding to the sport’s practices, resulting in a practical appearance change, while still maintaining their characteristic style, unmistakable to our urban and rural landscapes.

The essay “*The Urban Development of La Playa de Ponce, 1800-1960*” tackles a historic district emblematic to the southern

“queen of Puerto Rico” (Ponce) and part of a Reconnaissance Survey organized jointly by the State Historic Preservation Office and the Architecture School of the Pontifical Catholic University of Puerto Rico in Ponce. Following the structure of the previous articles, the author presents the evolution of the La Playa barrio from its origins around the maritime port and its connection with the economic and social development of the municipality and the island. To talk about “La Playa de Ponce” immediately evokes memories of the port in its heyday, circa the nineteenth-century, when the area dominated the dynamic mercantile activity of the island. It was at this point in time when the barrio cemented its roots and developed its initial urban morphology, with three types of buildings related to the use of the land: the great warehouses and depositories, the official administrative presence and the residential settlements of proprietors and workers. The first two followed a schematic reticle directed by the municipal authorities, traced according to the urban norms adopted since the sixteenth-century in San Juan, and endorsed by the police ordinances dictated by the governors and other municipal regulations. The third type maintained the usual irregular arrangement of spontaneous single-family home settlements. The economic opportunities created by the activities in the area, such as maritime, agricultural and industrial, provoked a steady rise in population, mostly of the working class, that gave the barrio its predominantly proletarian feel.

The economic relevance of the area, also known as *La Marina*, gave the town a privileged standing with municipal authorities, who afforded La Playa a preferential treatment in political, administrative and economic matters, envied by other neighboring barrios. All the advancements in communication arriving in Ponce during the last decades of the nineteenth-century, had a common trajectory, that started in the urban center of Ponce and ended in La Playa: the first telephone line (1880), the first section of the railway track and the first electric train. *La Marina* also had two subaquatic telegraph cables, one connecting with Jamaica (1873) and another with Saint Croix (1875), and it received regular postal vessels from Spain, England, Germany and the United States. The presence of foreigners attached to these commercial activities, gave the urban center and its port a cosmopolitan air.

The essay takes us through the different historical periods and their effects on the urban district. It elaborates on the distribution of the population, according to their socio-economic conditions, and the changes they experiment, mainly after the transformations brought

forth by the American command after 1898. The essay also touches upon the urban traces and the typography of the houses built in the different sectors, the buildings related to the new American order -like schools and Protestant churches-, and the consequences resulting from the changes in economic activities during different stages of the twentieth-century. Also referenced, is the proletarianization of the barrio, as a result of the transfer of port activities to the new port at Peñoncillo in 1914, and the upsurge of other activities in the area, bringing in new workers, mostly from displaced mountain homes as a result of the collapse of the coffee industry. These families settled around the residential areas in La Playa, forming slums, echoing events in San Juan. Towards the end of the twentieth-century and the beginning of the twenty-first, an opposite emigration occurs, with the population between the ages of 18 to 50, as a result of the lack of employment opportunities. Nevertheless, La Playa de Ponce retains its particular charm, closely associated with its historical trajectory.

To conclude, a few words about the author, Specialist in Historic Property Juan Llanes Santos. Although this is his official title at the State Historic Preservation Office, it is pertinent to state that he is a historian, molded at the Graduate Program of the History Department of the University of Puerto Rico, and an excellent investigator, as is evidenced in the essays gathered in this book. Although it is true that the originating purpose was the inscription of properties in the National Register of Historic Places, the essays greatly surpass the mission, not only because of their extension, also for the quality of the presentation. I am in awe at the depth of the investigation, the gravity in the managing and identifying of the sources that sustain the explanations, the macro level historical contextualization and the enthusiasm palpable within every written line. My congratulations to the author for a well-executed piece of work and to the State Historic Preservation Office for its interest in divulging it through this publication.

This prologue is merely a small sample that I hope peaks your curiosity, encourages you to read the book and, above all, to discover through its pages a bit more about the history of our country.

María de los Ángeles Castro Arroyo
University of Puerto Rico

Desarrollo urbano de la Playa de Ponce, 1800-1960



2

INTRODUCCIÓN

6

DESARROLLO URBANO DE LA PLAYA DE PONCE, 1800-1845

14

DESARROLLO URBANO DE LA PLAYA DE PONCE, 1845-1898

30

DESARROLLO URBANO DE LA PLAYA DE PONCE, 1898-1960

58

CONCLUSIÓN

60

BIBLIOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN

Cuando se camina por las calles del barrio de la Playa de Ponce, nos encontramos con una gran variedad de recursos edificados que permiten visualizar eventos del pasado. Por su ubicación en la zona portuaria, el barrio de la Playa fungió en un momento dado como el centro de la rica actividad económica de la Ciudad Señorial. La morfología urbana del barrio quedó definida precisamente por su función. Todavía hoy son identificables tres tipos de trazado urbano en su asentamiento original. Hay un trazado ortogonal que cubre la mayor parte de la antigua zona portuaria (esto no incluye la zona donde está localizado hoy el Puerto de Ponce en Peñoncillo) conformada por manzanas grandes y alargadas, orientadas en dirección sureste-noreste, con poca profundidad, donde se encuentran la mayoría de los grandes almacenes de mampostería del período decimonónico y de principios del siglo XX. En la zona residencial del asentamiento original de la Playa, concentrada hoy al oeste del antiguo Camino Real (Avenida E. M. de Hostos) y al este del río Portugués, se distinguen dos formaciones morfológicas distintas. Por un lado hay un tejido que respondió a directrices de alineamiento y planificación urbana desarrollada a lo largo de una retícula oficialmente dirigida. Se percibe también un trazado de tipo irregular conformado a la topografía de áreas particulares a través del establecimiento “espontáneo” (no dirigido) de unidades unifamiliares.

Desde mediados del siglo XIX, el sector de la Playa fue recipiente de una nutrida producción edilicia relacionada con el almacenamiento, distribución y fiscalización de la actividad mercantil. Esta actividad incluyó tanto la importación de productos extranjeros, como la salida de la producción local y de municipios aledaños que logró su acceso a los mercados internacionales a través de las casas comerciales ponceñas. Durante los últimos dos tercios del siglo XIX, las grandes firmas comerciales, dirigidas en su mayoría por peninsulares y extranjeros naturalizados, contando también con una fuerte presencia de la burguesía criolla, establecieron sus oficinas y almacenes en el sector de la Playa



Centro urbano tradicional, Playa de Ponce.

de Ponce. Mientras esta burguesía mercantil construyó elegantes residencias en el centro urbano tradicional de Ponce, impartiendo un carácter social y arquitectónico distintivo a la ciudad hasta el día de hoy, la Playa fue el centro del comercio que facilitó dicha riqueza material y cultural.

La simbiótica relación entre el centro urbano y la Playa, hizo que ésta última disfrutara de una situación privilegiada en cuanto a trato político, administrativo y económico, en ocasiones resentida por otros barrios del municipio. La primera línea telefónica establecida en Ponce en 1880 fue localizada entre el centro urbano y la Playa; la primera sección de líneas ferroviarias del tren de circunvalación trazadas en Ponce corrieron desde su centro urbano a la Marina; el recorrido del primer tren eléctrico establecido en el municipio partía de la Plaza de las Delicias y

finalizaba, recorriendo el Camino Real, en la zona portuaria de la Playa de Ponce.

La actividad comercial en la Playa durante el periodo decimonónico propulsó un aumento poblacional del sector laboral. Este último proveyó la fuerza de trabajo requerida en las tareas productivas desarrolladas en el sector: la actividad portuaria, la producción agrícola y las faenas de carácter industrial. La mayoritaria presencia del grupo trabajador impartió un carácter proletario de forma temprana al barrio. Esta presencia proletaria se manifestó de diversas formas, entre ellas, en el arreglo urbano espontáneo de ciertas áreas del barrio, en el material de construcción de las residencias obreras y en los estilos de las mismas. A partir del 1845, por ordenanza municipal, el grueso de los trabajadores de la Playa se localizó en el área comprendida al oeste de la zona portuaria y el Camino Real (hoy, Avenida Hostos) y al este del entonces incontrolable río Portugués. Las frecuentes inundaciones del Portugués, hasta bien entrado el siglo XX, fue también un factor determinante en la disposición y construcción de las residencias obreras en el sector, forzando a los residentes a levantar sus casas en zancos de madera y a continuar esa misma práctica aun cuando el hormigón comenzó a hacerse presente durante el siglo XX.

La misma actividad comercial que promovió la presencia del sector obrero, también promovió la presencia del aparato institucional interesado en fiscalizar y facilitar el lucrativo comercio marítimo del sector. Esta institucionalización de la Playa conllevó una producción edilicia iconográfica existente hasta el día de hoy: Edificio de aduana, almacenes del Estado, Capitanía del Puerto, edificios administrativos municipales, tinglados, faros. Inclusive el aparato castrense tuvo su presencia en el sector con la construcción de una batería artillada para la defensa del puerto, construida en el siglo XVIII, y que por muchos años fue el icono constructivo de mayor presencia en el barrio.

La dinámica vida económica de la Playa, la presencia de una población permanente en el sector y la dotación al barrio de

una estructura administrativa local crearon una red socio-económica que promovió un desarrollo infraestructural propio de la Playa. Para el cierre del siglo XIX, la Playa ya contaba con sus propias escuelas, iglesia, plaza, cementerio, matadero, carreteras de primer orden, medios de transportación pública, sistemas de comunicación telegráfica, alumbrado eléctrico, líneas telefónicas, comercios, casas de médicos, oficinas de abogados, farmacias y factorías industriales. Todos alineados en una retícula urbana organizada por las autoridades oficiales del municipio. Estas autoridades municipales traspasaron a la Playa las mismas directrices de planificación urbana existentes para el centro urbano. Inclusive la designación de las calles en la Playa copió el nombre de las calles de la ciudad.

El siglo XX trajo unos cambios en la estructura sociopolítica de la isla que tuvieron un impacto particular en Ponce y su Playa. La nueva elite estadounidense que manejó los destinos de Puerto Rico a partir del 1898, concentró de forma efectiva en la capital (San Juan) el poder decisional político y económico. Esta concentración de los nuevos administradores políticos en San Juan atrajo a la capital los nuevos y viejos grupos sociales, las casas comerciales e inclusive las organizaciones cívicas y culturales. Durante las primeras décadas del siglo XX se fue concentrando también en San Juan el comercio marítimo que tanto había contribuido al desarrollo de la Perla del Sur y por ende, de su Playa.

Uno de los cambios significativos a partir del llamado “traspaso de soberanía”, fue la imposición de nuevas tareas económicas. El capital inversionista estadounidense se concentró en la producción azucarera, “cañaverizando” la economía local. Los cambios en la producción conllevaron cambios en la organización social. Al igual que en otros sectores de la isla, las viejas fuerzas económicas ponceñas pasaron a convertirse en grupos intermediarios y subalternos del nuevo capital industrial-comercial proveniente del Norte. El desarrollo de nuevas tareas productivas y/o la intensificación de otras ya existentes a partir del comienzo del siglo XX aceleraron el proceso de proletariza-

ción del barrio de la Playa. La producción cañera en las inmediaciones del vecindario, la actividad portuaria del nuevo puerto en Peñoncillo (inaugurado en 1914), la producción industrial con factorías como la *Porto Rico Iron Works* y la intensificación de la pesca como actividad económica, promovieron el aumento del sector obrero en el barrio. Para los 1920, este aumento poblacional/obrero propulsó la formación de bolsillos arrabaleros como San Tomas, las Latas, los Potes, Haití, Puerto Viejo (éste último ya conformado desde el siglo XIX), más allá de los espacios ocupados durante el periodo decimonónico. La simple construcción en madera, con techumbre de zinc acanalado en los mejores casos, levantadas en socos para evadir las inundaciones del río Portugués o la elevación de las mareas en ciertas áreas en las inmediaciones de la costa, se convirtió en el paisaje constructivo dominante del barrio.

A partir de mediados del siglo XX, la Playa entró en declive, producto de nuevos modos económicos. El proyecto desarrollista basado en la rápida industrialización estimuló la expansión urbana y el éxodo poblacional de los playeros hacia otras zonas suburbanas creadas alrededor de los nuevos centros de trabajo. La competencia comercial y la centralización de la actividad marítima en el puerto de San Juan provocaron la paulatina desaparición de las casas comerciales situadas en el poblado de la Playa. Los cambios en los métodos de almacenaje y manejo de las mercancías hicieron obsoletos los antiguos almacenes de mampostería decimonónicos y de principios del siglo XX en la zona portuaria. En el mejor de los casos, muchos de éstos viejos almacenes se han convertido en propiedades de arrendamiento a comercios temporeros que abren y cierran según los vaivenes del mercado. Otros cayeron, sin embargo, en un abandono que ha provocado daños estructurales en los mismos.

La extrema reducción en la actividad portuaria y la desaparición de la producción cañera redujo la empleabilidad de la fuerza laboral aumentando el desempleo en el sector. Las estadísticas de desempleo aumentaron en la Playa a medida que otras

fuentes de empleo local fueron cerrando sus puertas, como las fábricas atuneras localizadas en la zona industrial del muelle en Peñoncillo y el eventual cierre de la *Porto Rico Iron Works* para comienzos de los 1980.

Los datos ofrecidos por el Censo del 2000 indican que los cambios en los patrones económicos no han sido benévolos con lo que fue en un momento dado el centro de la actividad económica de la Perla del Sur. Para el mencionado año, el censo indica que el ingreso *per cápita* de los residentes de la Playa era de aproximadamente \$5,612.00, un ingreso promedio por persona menor al de Ponce y al de Puerto Rico, y que más del 70% de la población del sector vive bajo el nivel de pobreza. La Playa ha visto también una pérdida de su importante recurso humano. Los censos del 1980 al 2010 muestran una reducción de la población entre las edades de 21 a 50 años, tanto en hombres como en féminas, dejando un sector donde predominan los jóvenes adolescentes y aquellos grupos de edad avanzada. Ese grupo intermedio, productivo y necesario, ha emigrado de la Playa, en búsqueda de ofrecimientos educativos, habitacionales y de trabajo que el barrio de la Marina ya no provee, como sí lo hizo en un período de su importante historia.

DESARROLLO URBANO DE LA PLAYA DE PONCE, 1800-1845

La ocupación de lo que eventualmente sería conocido como la Playa de Ponce ocurrió a la par de la formación del pueblo. El centro urbano tradicional y el sector Playa son los dos asentamientos más antiguos del municipio de Ponce. El centro urbano se desarrolló alrededor de una rústica capilla dedicada a la Virgen de la Guadalupe. En 1692, con una población estimada de 352 habitantes, ésta capilla se designó como capilla colectiva del partido de San German, villa de la cual provinieron los primeros pobladores europeos al pueblo de Ponce.

Para el siguiente siglo, el poblado de Ponce era ya descrito como uno de antigüedad en la isla, con un centro urbano concurrenciado y con mayor densidad poblacional en las inmediaciones

de su plaza que muchos otros poblados. Así lo indicó Fray Iñigo Abbad y Lasierra en su *Historia geográfica*:

“A distancia de dos leguas del peñasco está el pueblo de Ponce: es de los más antiguos de la isla; está situado en una gran llanura cubierta de arboleda. El río de su nombre lo ciñe por el Oriente; por el Norte tiene las montañas de Utuado, al Occidente pasa un pequeño arroyo, y a una legua por el Sur tiene el mar; 115 casas forman cuadro dilatadísimo. La iglesia parroquial que es pequeña y deteriorada, lo cierra por un lado: en el centro de él hay una capilla que lo divide, dejando dos plazas menos solitarias que las de los otros pueblos pues en éste y en su circunferencia vive mucha parte de los vecinos que ascienden a 735 con 5,038 almas.”¹

El clérigo indicó en su obra ciertas actividades económicas que eventualmente le dieron a Ponce preponderancia sobre la región. Para finales de la década del 1770, la siembra de café era la tarea agrícola dominante en el poblado. La producción del fruto no se realizaba en la zona de la altura ponceña, sino por el contrario, a lo largo de la costa, la cual “estaba poblada de haciendas de café.”² Abbad y Lasierra hace la indicación también de otros productos importantes en la economía ponceña del momento: la caña, las maderas, el ganado y frutos menores.

Esta producción estaba orientada al mercado externo, esencialmente a través del contrabando, por la región a la cual Lasierra llamó “el puerto de Ponce”. El autor define este puerto como la zona entre “la punta de Salinas y la del Gato”.³ Creemos que el área a la cual hace referencia Abbad y Lasierra es la que

¹ Iñigo Abbad y Lasierra, *Historia Geográfica, Civil y Natural de la isla de San Juan Bautista de Puerto Rico*. Anotada en la parte histórica y continuada en la estadística y económica por Jose Julián de Acosta y Calbo. Estudio introductorio por Gervasio L. García. Ediciones DOCE CALLES e Historiador Oficial de Puerto Rico, 2002, 326.

² Ibid, 327.

³ Ibid.

tiene hoy como punto más occidental el balneario El Tuque, desarrollado en las inmediaciones de la Laguna de la Salinas y al extremo este, la actual Isla de Gata, donde hoy se encuentra el Club Náutico de Ponce. A esta zona, Lasierra la describe como una de bastante extensión, con buen fondo para embarcaciones. Precisamente en un punto relativamente intermedio entre estos dos extremos topográficos es donde ya para finales del siglo XVIII se localizó el puerto o la Marina. El camino a la Marina desde el centro tradicional, Lasierra lo describió como un bosque de palmas (palmas reales), cuyo fruto era utilizado para alimentar cerdos. Ese boscoso y mal trecho camino será eventualmente conocido como el Camino Real (Avenida Eugenio M. de Hostos), y ya para la tercera década del siglo XIX será considerado un camino de primer orden.

Para finales del siglo XVIII y comienzo del siglo XIX, eventos de carácter local se combinaron con coyunturas externas promoviendo el desarrollo socioeconómico de Ponce y su zona portuaria. Entre estos eventos está la visita del Mariscal de Campo Alejandro O'Reilly, enviado en 1765 por la Corona española para evaluar el sistema de defensa militar de Cuba y Puerto Rico. A parte de sus comentarios castrenses, O'Reilly hizo importantes recomendaciones económicas. Entre éstas, la necesidad de permitir la apertura oficial de diversos puertos en la isla, además del puerto de San Juan. La apertura de los mismos, no sólo conllevaría un mayor recaudo para el erario fiscal en términos de recaudación de impuestos, sino un detente al amplio comercio del contrabando, el cual no dejaba ninguna ganancia en las arcas del gobierno central.⁴

De igual manera, en un contexto más amplio, la formación de la república de los EEUU, la revuelta de esclavos en *Saint*

⁴ Memoria de D. Alejandro O'Reilly sobre la Isla de Puerto Rico, Año 1765. Véase, Eugenio Fernández Méndez, *Crónicas de Puerto Rico. Desde la conquista hasta nuestros días (1493-1955)*. Editorial Universitaria, Universidad de Puerto Rico, Río Piedras, 1981, 239-269.

Domíngue (hoy Haití), la inmigración a la isla a consecuencia de las guerras de independencia latinoamericanas y la política pública y económica promovida por la Real Cédula de 1815, fueron factores que terminaron estimulando el auge socioeconómico de Ponce. Por un lado, los buques del noreste de la nueva nación estadounidense se encaminaron con afán a la adquisición de la producción azucarera de Cuba y Puerto Rico, convirtiendo a la joven república en uno de los principales compradores del moscabado poncheño. La presencia de los comerciantes de Estados Unidos en el puerto de Ponce fue en aumento durante las primeras décadas del siglo XIX. En noviembre de 1810, se documentó la entrada oficial de 26 navíos en el puerto de la Playa de Ponce, de los cuales siete eran de matrícula inglesa y el resto eran barcos españoles.⁵ Durante el 1830, sin embargo, se registró la entrada de 256 buques en la Marina, de los cuales 76 eran de matrícula estadounidense.⁶ Para mediados del siglo XIX, EEUU era el principal destino de la exportación poncheña y el principal suplidor de mercancías al comercio de la ciudad, sobrepasando al comercio con España.

Para el 1789, la revolución de los esclavos en el Santo Domingo francés provocó gran escasez de azúcar en el mercado mundial, aumentando el precio de la misma. Esta coyuntura promovió el ritmo de producción de las haciendas azucareras poncheñas y la presencia de la importante migración francesa a la ciudad. Estos emigrados franceses jugaron un papel importante en el desarrollo de la producción sacarosa poncheña, tanto en su carácter de hacendados, como en el eficiente papel de administradores de grandes haciendas poncheñas.⁷ A este crucial flujo migratorio de

⁵ Archivo General de Puerto Rico (AGPR). Fondo: Gobernadores Españoles Serie: Ponce Caja 526.

⁶ Pedro Tomás de Córdova, *Memorias geográficas, históricas, económicas y estadísticas de la Isla de Puerto Rico*. Tomo II. Año de 1831. Instituto de Cultura Puertorriqueña. San Juan, Puerto Rico, 1968, 256.

⁷ Ivette Pérez Vega, *El Cielo y la tierra en sus manos. Los grandes propietarios de Ponce, 1816-1830*. Río Piedras: Ediciones Huracán, 1985. Es necesario señalar que la emigración francesa no provino de Haití exclusivamente, sino también, de otras islas del Caribe francés, la Luisiana francesa y de la Francia continental.

los primeros años del siglo XIX, se sumó el forzado por las guerras de independencia latinoamericanas, el cual produjo el arribo a la isla de una impresionante oleada de *leales* y contingentes militares. Ponce fue recipiente de una buena cantidad de este flujo migratorio latinoamericano, en particular del área de Venezuela.⁸

La emigración a Puerto Rico se vio aumentada también durante los años iniciales del siglo XIX mediante la política pública establecida por la Real Cédula de Gracia de 1815. El 10 de agosto de 1815, el rey Fernando VII aprobó dicho decreto real autorizando a Cuba y Puerto Rico a establecer relaciones comerciales con aquellos países que mantenían una relación diplomática satisfactoria con España. La Cédula estableció que todo extranjero, siempre y cuando fuesen católicos, podían establecerse con su propiedad y capital, incluyendo sus esclavos. En promedio, como parte de la política de incentivos de la Real Cédula, se le ofrecía a los nuevos residentes seis cuerdas de terreno gratis por cada miembro familiar y tres cuerdas adicionales por cada esclavo. Después de cinco años, los extranjeros podían adquirir la ciudadanía española y la titularidad de sus tierras. Una vez naturalizados, se les permitía también convertirse en comerciantes (actividad económica reservada para los peninsulares). La Real Cédula también autorizó el libre comercio entre las islas y otras colonias españolas.⁹

En Ponce, estos grupos migratorios coparon la parte superior de la pirámide social de la sociedad poncheña.¹⁰ Con su capital líquido, recursos humanos, conocimientos técnicos y sus conexiones con el comercio y capital inversionista extranjero,

⁸ Uno de los momentos más representativos de este proceso ocurrió el 15 de octubre de 1821, cuando ante la rendición de Cumaná, arribó al puerto de Ponce toda una guarnición compuesta de 4 generales, 666 soldados y otras 599 personas. La mayoría de éstos se quedaron a residir en Ponce. Op. Cit., Tomo III, 437.

⁹ AGPR. Documento de la Real Cédula de Gracias de 1815.

¹⁰ Francisco A. Scarano, "Inmigración y estructura de clases: Los hacendados de Ponce, 1815-1845." Véase, Francisco A. Scarano, editor, *Inmigración y clases sociales en el Puerto Rico del siglo XIX*. Ediciones Huracán, 1981, 21-66.

los nuevos grupos fueron esenciales en insertar la Ciudad Señorial en el vórtice del comercio mundial capitalista.

En las primeras cuatro décadas del siglo XIX, la economía ponceña hizo un definitivo giro hacia la producción azucarera, con todas sus implicaciones: inserción al comercio mundial, uso intenso de la mano de obra esclava, la concentración del poder económico en la clase hacendada azucarera y la acaparación de la fértil llanura ponceña por la *Saccharum Officinarum*. Para el 1776, según lo indicado por Abbad y Lasierra, la producción azucarera de Ponce se realizó en unas 250 cuerdas.¹¹ Para el 1813, el aumento en cuerdate había sido leve, con el uso de 351 cuerdas dedicadas a la caña de azúcar y una producción de 25 toneladas de moscabada.¹² En 1821, a seis años de poner en efecto la Real Cédula de Gracia, había ya más de mil cuerdas dedicadas al azúcar y la producción fue de unas 1,350 toneladas.¹³ Para el 1828, Ponce dedicaba 1634 de sus fértiles cuerdas a la caña, contaba con 36 trapiches de madera, 49 de hierro, 21 molinos de café, 35 alambiques para manufacturar aguardiente, 1517 cuerdas de plátanos, 75 de arroz, 370 de maíz y 69 de tabaco. En ese último año, a parte de los 57,190 quintales de azúcar, Ponce produjo 490,000 cuartillos de miel, 1634 bocoyes de ron y 121,360 cargas de plátanos.¹⁴

Para el 1830, en su monumental obra, *Memorias geográficas, históricas, económicas y estadísticas de la isla de Puerto Rico*, Tomás de Córdova describió a Ponce de la siguiente manera:

“Los terrenos de este partido, particularmente los bajos o vegas, son fertilísimos, hasta el punto de ser productivos después de un año de seca. Es extraordinario el progreso que ha tenido en la agricultura, pues casi todas sus vegas son un plantío de caña, con

*muy buenos trapiches, fábricas elegantes y costosas y máquinas de vapor y de agua, que al mismo tiempo que sirven para la molienda, se emplean en aserrar maderas, pilar arroces y otros granos. Este partido se haya ya fuera de la infancia en la agricultura.”*¹⁵

La dinámica vida económica de Ponce en los primeros años del siglo XIX se tradujo en un desarrollo paralelo en el centro urbano. Los grupos acomodados, que desde la formación del pueblo habían dominado el espacio habitacional en el centro del poblado, comenzaron a re-configurar el centro urbano desde su perspectiva de clase, aun cuando todavía tenían que compartir el centro urbano, con otros grupos sociales menos afortunados. En el mencionado trabajo de Tomás de Córdova, el autor indica que “*los vecinos buscan comodidades, origen de la abundancia, en muchos propietarios. Se nota el descanso y lujo que ofrece la riqueza, y generalmente se halla entre ellos el gusto por la comodidad y placeres de la vida*”.¹⁶ El centro urbano, sin embargo, todavía mostraba una preponderancia de los grupos bajos con la existencia de unos 178 bohíos, comparado con 127 casas.

La producción agrícola ponceña de las primeras décadas del siglo XIX estuvo orientada a la exportación, lo cual hizo que el sector de la Marina (la Playa) comenzara un proceso de cambio y desarrollo paralelo al centro urbano tradicional. De manera simbiótica, a medida que se desarrolló el centro urbano con su actividad socio-económica, la Marina reprodujo un patrón de desarrollo análogo.

En 1804, el gobierno de España, siguiendo las sugerencias del pensamiento ilustrado del Mariscal Alejandro O'Reilly, autorizó la apertura de varios puertos en diversos poblados costeros de la isla, siendo Ponce uno de ellos. El puerto, sin embargo, localizado oficialmente en el sector ya conocido para el momento como Puerto Real, no fue propiamente habilitado hasta el 1812.

¹¹ Iñigo Abbad y Lasierra, *Historia Geográfica*, 328.

¹² AGPR. Fondo: Gobernadores Españoles Serie: Asuntos políticos y civiles Caja 11, “Estado que manifiesta las producciones agrarias del pueblo de Ponce, 1813”.

¹³ Francisco A. Scarano, “Inmigración y estructura de clases”, 26.

¹⁴ Pedro Tomás de Córdoba, *Memorias geográficas*, Tomo II, 257-258.

¹⁵ *Ibid.* 252-253.

¹⁶ *Ibid.* 261.

El mismo quedó establecido a dos millas directamente al sur del poblado central, unido a éste último por un camino carretero afirmado, que comenzó a ser llamado Camino Real o camino de la Marina. Este camino que llevaba del poblado a la Playa, descrito por Abbad y Lasierra en 1778 como uno de gran dificultad, se había convertido para el 1828 en “*un delicioso tránsito y cómodo paseo para las gentes de a pie, y en un camino de primer orden para los traficantes*”. Para ese momento “*en la Playa se estaba formando una vistosa población, compuesta de los almacenes y casas de comercio, la que será muy en breve un nuevo pueblo distante del principal poco menos de media legua.*”¹⁷

El fondeadero se localizó al este de la desembocadura del río Portugués. Para comienzo de la década del 1820, ya era visible un desarrollo urbano en las inmediaciones de la zona portuaria, como se percibe en el dibujo del naturalista francés, Augusto Pleé.



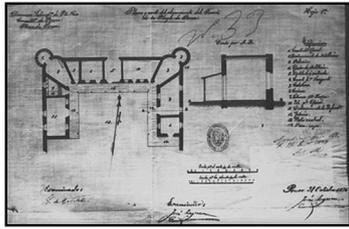
Dibujo del puerto de Ponce, Augusto Pleé (c. 1821-1823)

¹⁷ Ibid. 253.

En las postrimerías del siglo XVIII, se dio un limitado desarrollo urbano en las inmediaciones del fuerte San José, construido en 1760. La vida en la costa poncheña fue una azarosa en sus comienzos. En la documentación histórica hay continuas referencias a los peligros a los que se enfrentaron los residentes del lugar, en particular para aquellos que habían establecido sus haciendas agrícolas en la zona costera.¹⁸ En 1819, a manera de ejemplo, el Cabildo se quejó al gobierno central de problemas con corsarios saqueando haciendas en la costa y atacando y raptando personas en la zona marítima. El cabildo indicó que estos piratas operaban desde el islote de Caja de Muertos. Ejemplificando esta situación, es reportado el 27 de abril de 1820, que a eso de las tres de la madrugada desembarcaron 20 hombres del buque corsario *El Buytre* en el área de Bocachica y raptaron al extranjero domiciliado Francisco Dijols, su esposa, una niña y tres negros esclavos. En horas del mediodía, los piratas lanzaron a Dijols y su hija a tierra. En la tarde regresaron a la esposa de Dijols. Los esclavos, siendo mercancía vendible en otros lugares, no fueron devueltos.

Bajo estas circunstancias no debe extrañar que residentes del área se asentaran en las inmediaciones del fuerte. Establecido para la defensa del poblado y para controlar las incursiones corsarias y de contrabando, San José tenía siete cañones montados en batería, al cuidado de un destacamento de artilleros de plaza y otro de infantería. Directamente frente al mar, el fuerte fue construido en la intersección entre la calle Comercio y la calle Amargura (luego, designada como la calle Alfonso XII).

¹⁸ AGPR, Fondo: Gobernadores Españoles, Serie: Ponce, Caja 526.



Planta del Fuerte de San José.¹⁹



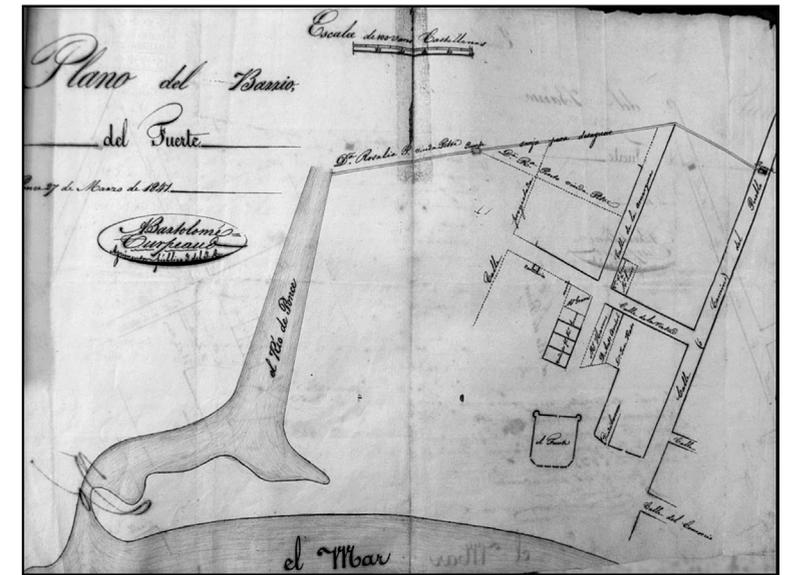
Detalle del fuerte con tropas de EEUU en las inmediaciones, 1898.²⁰

Por muchos años, el fuerte fue el recurso edificado cuya presencia dominó el sector, al grado de que impuso su nombre al área. El barrio de la Playa era denominado todavía para la cuarta década del siglo XIX como el Barrio del Fuerte. Es de esta cuarta década que tenemos el plano más antiguo del sector de la Playa. En el mismo hay delimitadas cuatro calles, además del camino al centro urbano. Las calles están identificadas como Calle o Camino del Pueblo (también llamada la Marina, Camino Real y hoy la Avenida Eugenia María de Hostos), calle del Comercio, Calle de la Virtud (designada posteriormente como Avenida Padre Noel) y Calle de la Amargura (luego bautizada como Calle Alfonso XII).

El plano de 1841, preparado por el agrimensor Bartolomé Turpeaud, muestra también ciertas calles proyectadas, como la futura calle Colón (paralela al oeste de la Calle de la Amargura) y se presenta la Calle Mirasol, corriendo al norte y de forma paralela a la Calle Comercio. El plano de Turpeaud, que muestra la lotificación oficial y sus dueños, ha sido utilizado en trabajos sobre la Playa para mostrar el poco desarrollo urbano realizado en el sector hasta el momento. Esa apreciación es equívoca. El plano como tal iba acompañado de una narrativa que sugiere que la ocupación de los espacios era más abundante que lo mostrado gráficamente.

¹⁹ AGPR. Archivo Fotográfico. Plano y corte del alojamiento del Fuerte de la Playa de Ponce, 31 Octubre de 1876.

²⁰ El fuerte San Jose fue desartillado pocos años antes de cesar la dominación española. Según indica Eduardo Newmann Gandía, el mismo fue demolido por orden de la Asamblea Legislativa de Puerto Rico del 14 de marzo de 1907, para destinar el terreno a mejorar el trazado urbano y facilitar la prolongación de la calle Alfonso XII. Véase, Eduardo Newmann Gandía, *Verdadera y auténtica historia de la ciudad de Ponce desde sus primitivos tiempos hasta la época contemporánea*. Abril de 1913. Foto, AGPR. Archivo Fotográfico.



Plano del Barrio del Fuerte, 1841.²¹

El plano de Turpeaud se preparó a petición de los miembros del cabildo. Interesados en promover el crecimiento poblacional en la Marina, éstos solicitaron al gobierno central autorización para hacer entrega de terrenos a particulares a cambio de la debida compensación económica. En 1841, una vez recibida la aprobación favorable a la petición, los concejales ponceños comenzaron a disponer de los terrenos. Con la petición al gobierno central, el cabildo sometió el plano de Turpeaud donde se indicaban los ocupantes “oficiales” de predios en la Marina. De igual forma se entregó una lista de personas que estaban ocupando terrenos sin la debida autorización del cabildo. Los lotes ocupados por estos últimos no aparecen reflejados en el plano del 1841, lo cual hace que éste no refleje el desarrollo en su justa perspectiva.

En la lista sometida por el cabildo se indicó la presencia de cincuenta y ocho (58) edificios en las cercanías del Fuerte San

²¹ Archivo Histórico Municipal de Ponce (AHMP). Caja S-383-6, Plano del Barrio del Fuerte, 1841.

José. Las autoridades castrenses solicitaron cabildo de que estas edificaciones fuesen removidas y no se permitiese construcción alguna, ni de madera o mampostería, a menos de 200 varas de distancia del fuerte, el cual contenía en su predio un polvorín con su peligrosa carga.²²

Una vez dado a conocer públicamente el proyecto desarrollista del cabildo, las peticiones no se hicieron esperar. Las solicitudes de terreno provinieron de una amplia gama del espectro social ponceño, tanto de representantes de la burguesía comercial y hacendados, como de personas de escasos recursos materiales. En la repartición de tierras a los peticionarios se develó un proyecto de clase que determinó el eventual desarrollo del tejido urbano de la Playa. A solicitantes como Fernando Overmann, Salvador Arenas, Ramón Farrats, Juan Pratts, Esteban Domenech y otros, representantes de los intereses comerciales y agrícolas que ya dominaban la economía ponceña, se les otorgó concesiones de terrenos en áreas de alto valor logístico y comercial. Estos nombres estuvieron asociados con la construcción inicial de los grandes almacenes decimonónicos que terminaron dominando el paisaje urbano en la zona portuaria.

A peticionarios como Catalina Rodríguez, por otro lado, quien pidió “*adquirir una pequeña choza*” para vivir con su familia “*compuesta de dos hijos pequeños*” o a la viuda María González, quien hizo una solicitud similar, se les otorgó predios en el área del Salitral (hoy llamado el Salistral), vega pantanosa y baja en la orilla este del entonces incontrolable río Portugués.²³ El tejido

²² AHMP. Ibid. Documentación revisada para este trabajo sugiere que la solicitud de los militares fue escuchada por el Cabildo de Ponce y que los vecinos que estaban en las inmediaciones del fuerte fueron removidos del lugar. Para finales del 1890, aparecen vecinos solicitando la devolución o compensación por los terrenos y propiedades que perdieron a consecuencia de ser removidos de las cercanías del fuerte. Estas solicitudes continuaron siendo hechas a las autoridades estadounidenses después que éstas tomaron posesión de la isla a partir del 1898. Esta misma documentación indica que las restricciones para construir en las inmediaciones del fuerte no fueron enforzadas a partir del 1885, sugiriendo ésta última como la fecha del desartillado del fuerte. Véase, AGPR, Fondo: Obras Públicas, Serie: Obras Municipales, Caja 290.

²³ AHMP. Caja S-383-6. Véase también, AGPR, Fondo: Obras Públicas, Serie: Propiedad Pública, Sub-serie: Ponce, Caja 179.

urbano de la Playa de Ponce fue conformado desde sus inicios por un proyecto de desarrollo donde se combinaron intereses de clase, planificación urbana oficial y una logística comercial funcional.

El incremento en la actividad comercial portuaria de Ponce instó a las autoridades oficiales a establecer su presencia en el sector. Nada más representativo de este interés fiscalizador, que la construcción del edificio de la Aduana en la Marina. A pesar de que la Aduana había sido oficialmente creada desde el 1813, la misma mantuvo su sede en los alrededores de la plaza central de la ciudad. Su traslado al poblado de la Playa implicó el aumento en la importancia del sector y el establecimiento oficial de la presencia del Estado fiscalizador.

La sede de la Aduana fue localizada en la calle Bonaire, directamente frente al fondeadero que fungía como puerto oficial desde su apertura en 1812. Construido en el 1841, el edificio de la Aduana consistió de una construcción en mampostería de dos pisos. El piso alto se destinó a vivienda del Administrador, el Contador, el Guarda-almacén y el Resguardo; además de dependencias para el servicio doméstico. El primer piso se dividió en siete departamentos dedicados a oficinas, dos almacenes para depósito y despacho de mercancías, cuerpo de guardia y estación telegráfica. Tenía además un aljibe y patio interior con su letrina.²⁴

En cierta medida, el edificio de la Aduana desplazó al fuerte San José como hito iconográfico del sector. El barrio no era ya lugar apartado abierto a las incursiones corsarias necesitado de protección militar (aun cuando estuviese allí). El edificio de la Aduana indicó la nueva orientación de la Playa como lugar vital del creciente e importante comercio ponceño. El sector no era ya el Barrio del Fuerte, sino la Playa o Marina de Ponce.

En marzo del 1845, a cuatro años de construida la Aduana, un terrible incendio azotó el poblado destruyendo sobre un

²⁴ El edificio de la Aduana fue incluido en el Registro Nacional de Lugares Históricos el 10 de febrero de 1988.

80% de las edificaciones.²⁵ Debido a una larga sequía, los fuertes vientos marinos y la ausencia de un cuerpo de bomberos, el incendio duró varios días. El suceso paralizó la economía ponceña y buena parte del comercio de la región sur, cuya producción tenía su salida al comercio internacional a través del puerto de Ponce. Este incendio llevó a las autoridades a re-plantearse la reglamentación pertinente a la planificación urbana del importante sector de la Playa.

DESARROLLO URBANO DE LA PLAYA DE PONCE, 1845-1898

El incendio de 1845, y la pérdida de más de un 80% de los recursos edificados, fue una coyuntura determinante en el desarrollo urbano de la Playa de Ponce. Como indicó Newmann Gandía en su trabajo, “*todo el progreso urbano de la Marina adquirido en la tercera década del siglo pasado (refiriéndose al siglo XIX) y principio de la cuarta, fue destruido por el horroroso incendio que redujo el poblado a cenizas*”.²⁶ El destructivo siniestro provocó una respuesta inmediata por parte de las autoridades, tanto locales como estatales. El gobierno central ordenó el inmediato establecimiento de un cuerpo de bomberos en el área, y en otras similares, como los puertos de Mayagüez, Aguadilla, Arecibo y Humacao.

De gran significancia para la morfología del tejido urbano de la Playa fue la orden dada por el municipio de separar el área residencial de la zona comercial portuaria. A partir del 1845, las zonas fueron claramente separadas por funcionalidad. Se prohibió la construcción de viviendas, tanto de madera como de mampostería, en las manzanas designadas para los almacenes de víveres. La zona comercial, cuyas edificaciones se ordenó fuese en material duradero, quedó circunscrita al área en las inmediaciones de la Aduana y el fondeadero, comprendida en su mayor parte al este del Camino Real. Por su parte, la zona residencial, a

²⁵ Eduardo Newmann Gandía, *Verdadera y auténtica historia*, 235.

²⁶ *Ibid.*

la cual no se le impuso un material de construcción particular, fue dirigida hacia el oeste del mismo camino.²⁷

Dada la importancia del área para el comercio sureño, la rehabilitación del barrio no tardó en darse. Esta reconstrucción del poblado estuvo determinada por la tarea portuaria. Aun cuando a partir de los 1850 la producción azucarera entró en un proceso de declive, las grandes casas comerciales ponceñas mantuvieron una rica actividad económica. Los comerciantes ponceños capitalizaron en el auge de la producción cafetalera, la cual dominó la producción nacional durante las últimas tres décadas del siglo XIX. Una buena parte del café producido, tanto en Ponce como en los municipios de la altura adyacentes, fue canalizado hacia los mercados internacionales a través del puerto en la Marina. Para el 1888, el puerto de Ponce exportó 8, 654,482 libras de café; Mayagüez, 5, 864,984; San Juan, 5, 271,541 y Aguadilla, 1, 774,874.²⁸ En unos años más, el puerto de Ponce desplazó al puerto de San Juan como el principal puerto de exportación. En 1890, el 33.2 por ciento de la producción nacional fue exportada por el puerto de la Playa, mientras que San Juan exportó el 21.2 por ciento.²⁹

Esta actividad comercial sirvió de base para una dinámica vida socio-económica en el poblado de la Playa, la cual se tradujo a su vez en una prolífera producción constructiva. Desde temprano en la década del 1840, algunos se preocuparon para que el crecimiento urbano de la Playa se diese bajo el ojo fiscalizador de las autoridades pertinentes. En 1841, a modo de ejemplo, un particular le indicó al Consejo municipal la necesidad de hacer un plano topográfico en el cual se indicara la disposición

²⁷ Ricardo Miranda Pérez, *Nuevo uso para un viejo centro: Playa Ponce*. Tesis sometida como requisito para optar al grado de Maestría en Arquitectura. Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras, 1996.

²⁸ Nuria Mercado Ávila, *Plan de revitalización para la zona histórica del poblado de la Playa de Ponce*. Proyecto presentado a la Escuela Graduada de Planificación para la obtención del grado de Maestría en Planificación, 1997, 29-30.

²⁹ AGPR. Gobierno de Puerto Rico. Estadística general del comercio exterior o balances mercantiles. 1895.



DEVELOPMENT OF THE RUM INDUSTRY IN PUERTO RICO (1520 – 1960)

1

INTRODUCTION

2

RUM INDUSTRY IN PUERTO RICO, 1520-1800

7

RUM INDUSTRY IN PUERTO RICO, 1800-1898

13

RUM INDUSTRY IN PUERTO RICO, 1898-1917

17

RUM INDUSTRY IN PUERTO RICO, 1918-1934 I

22

RUM INDUSTRY IN PUERTO RICO, 1934-1945

26

RUM INDUSTRY IN PUERTO RICO, 1945-1960

30

CONCLUSION

33

BIBLIOGRAPHY

INTRODUCTION

While standing on a white-sand beach and happily waving a bottle of rum in each hand, the character known as Jack Sparrow exclaims, “Welcome to the Caribbean”. The scene belongs to the Walt Disney movie “Pirates of the Caribbean”. The image, although historically questionable, reflects the long-standing and persistent association between the Caribbean basin and the sugarcane-derived-spirit known as rum.

The association between the region and the spirit stems from a combination of contemporary commercial interests and long standing social practices. Most of the Caribbean islands have massive commercial campaigns advertising their rum industry. But these campaigns, although modern, are usually geared towards emphasizing the years-old existence of their rum-producing industries. Thus, the image echoed in Jack Sparrow’s words is a by-product of modern entrepreneurship and old historical realities.

Puerto Rico is one of those islands strongly associated with the *Kill-Devil* drink.¹ The rum industry has been vital to the island’s economy, particularly after the 1930’s. During the 1940’s, Puerto Rico developed *Operation Bootstrap*, an economic program oriented toward the rapid increase of the island’s industrial capabilities. *Operation Bootstrap* also had a social agenda, as the project promoted substantial land reform. Both aspects, the industrial and land reforms, required a great deal of government financial investment. A large part of the monetary resources used by the government came from the taxes derived and imposed on the rum industry. The rum distilleries became the largest and most important contributors to the local treasury,

¹ Kill-devil is one of the oldest names applied to the beverage popularly known as rum. The exact origin of the word “rum” is not known. It is commonly believed to derive from the English word “rumbullion”, which means “great tumult”. It is important to note that the Latin word for sugar is *saccharum*, another possible origin of the word “rum”. The root of the term has been similarly used in different languages: Rum in English; Ron in Spanish; Rhum in French.

surpassing any other local industry. Consequently, the success of *Operation Bootstrap* became directly associated with the success of the rum industry.

The rum industry also has great significance in the island’s structural patrimony. Established during the nineteenth century, some of the current distilleries are still located in their original sites and represent a tangible transition between old modes of production and new technology. Alternately, some rum distilleries have kept the old artisanal rum manufacturing processes, maintaining a direct link to the past. This link is reflected not only in the production techniques, but also in the structures and sites where the producing activity takes place. Some distilleries are established in old sugarcane haciendas, keeping close structural ties to their original birthplaces. In some instances, the distilleries are of such size and complexity that they have had a significant impact over the immediate urban development of their surrounding areas. Whatever the case, the rum industry has left a legacy of great architectural and social significance.

RUM INDUSTRY IN PUERTO RICO, 1520-1800

The history of the rum industry in Puerto Rico, as in any other region of the Caribbean, is intrinsically associated with the history of sugar cane. The origin of the plant and its derivatives has been traced back to the Southeast Asia, where by the year 800 BC, scribes in ancient India wrote about a strong beverage made from the residues of sugar cane juice. Years later, the Egyptians began distilling molasses into a crude spirit, passing along the art to the Arabs, who have used distilling techniques since the ninth century A.D. to create perfumes and cosmetics. In fact, the word alcohol comes from the Arabic *al-kohl*. This fact is somewhat ironic, as the Arabs have never used the distilling process to make intoxicating beverages.² The Arabs are credited with the

² Peter James and Nick Thorpe, *Ancient Inventions* (New York: Ballantine Books, 2006), 328-338.

introduction of sugarcane and the molasses distilling techniques in Spain.

The *Saccharum Officinarum* (sugar cane) arrived to the Americas thanks to Christopher Columbus' second voyage in 1493. Initially tested in Hispaniola, the sugar cane arrived in Puerto Rico in 1520. By then, a commercial sugar production was well under way in Hispaniola, as small mills produced molasses for local consumption. Although sugar cane juice and its sugar manufacturing by-products were available in the Spanish Caribbean in the sixteenth century, there is no evidence that the colonists used these materials to distill rum in Puerto Rico or Mexico or Brazil.³

Although colonists were not distilling rum from sugarcane during the sixteen-century, the inhabitants were in fact using sugarcane juice and the by-products of sugar making to produce fermented alcoholic drinks. In 1550, the well-known Spanish Dominican Friar Bartolomé de Las Casas, describing the period from 1511-1520, wrote in his *History of the Indies*:

*“For it is a fact that the Negroes, like oranges, found this land more natural to them than their native Guinea; but once they were sent to the mills they died like flies from the hard labor they were made to endure and the beverages they drink made from the sugarcane”.*⁴

Las Casas does not give a name to the drink, implying that no name had yet been devised for it. The absence of a name suggests that the drink was new and uncommon. However, in 1598, Dr. John Layfield, a chaplain on an English military expedition conducted against Puerto Rico, reported that the

³ Pedro Pérez Herrero, *La estructura comercial del Caribe en la segunda mitad del siglo XVI*. Research paper presented at the University of Florida, Gainesville, 1987.

⁴ Bartolomé de Las Casas. *Historia de las Indias* (Madrid: Alianza Editorial, 1994), 258.

Spanish colonists of the island drank a fermented beverage called “guarapo” made of molasses and spices.⁵ Guarapo seems to be the first specific name for an alcoholic drink produced from sugarcane juice in the New World.⁶ But these fermented drinks do not qualify as rum production. It was not until the seventeenth-century that we have the first evidence of a beverage properly distilled from sugarcane molasses.

The Caribbean basin proved to have an ideal climate for growing sugarcane. The insatiable demand in Europe for sugar soon led to the establishment of hundreds of sugarcane plantations and mills in the various English, Spanish, French, Portuguese and Dutch colonies. These mills crushed the harvested cane and extracted the juice. Boiling this juice caused chunks of crystallized sugar to form. The remaining unsolidified juice was called *melazas* (from *miel*, the Spanish word for honey); known in English as molasses. This molasses is a sticky syrup that still contains a significant amount of sugar. Sugar mill operators, as reflected in Las Casas's previously quoted comment, soon noticed that when mixed with water and left out in the sun, the molasses would ferment. By the 1650s this former waste product was being distilled into a spirit.

The British island of Barbados and the French island of Martinique were the birthplaces of Caribbean rum. The expansion of sugarcane agriculture in the Lesser Antilles and the increased knowledge of alcohol distillation led to the rise of rum making in these two islands. The earliest document that

⁵ *Relación del viaje a Puerto Rico de la expedición de Sir George Clifford, Tercer Conde de Cumberland, escrita por el Reverendo Doctor John Layfield, Capellán de la expedición.* (Fragmentos) Año 1598. See, Eugenio Fernández Méndez, *Crónicas de Puerto Rico. Desde la Conquista hasta nuestros días 1493-1955* (Río Piedras: Editorial Universitaria, 1981), 155.

⁶ Regional variations of the word sprang up throughout the Americas. In Brazil, fermented sugarcane drinks are called “garapa”, and in the French Caribbean they are called “grappe”. In Barbados, there is a drink called “grippe”, which seems to be analogous to guarapo and its other derivations.

specifically uses the term “rum” is a plantation deed recorded in Barbados in 1647.⁷

The rum trade began at the most basic level: with local consumption. Rum was used as a cure-all for many of the aches and pains that afflicted those living in the tropics. Sugar plantation owners also sold it to naval ships that were stationed in the Caribbean, in order to encourage their presence in local waters and thus discourage the presence of marauding pirates. The British navy adopted a daily ration of a half-pint of rum by the 1730s. This ration was subsequently modified, by mixing it with an equal amount of water, to produce a drink called grog. The grog ration remained a staple of British naval life until 1970.⁸

The kill-devil drink quickly spread to new markets all around the Atlantic world. By the end of the seventeenth century, merchants and traders throughout Africa, Europe, and North and South America, began to accept Caribbean rum in exchange for much-needed plantation labor, provisions and supplies. Eventually, Puerto Rico became a member of the rum market, not so much as a producer, but as a customer.

During the 1500s-1700s, Puerto Rico went through different stages of economic trends and served different purposes within the Spanish imperial design. The island started as a gold producing colony, but the resource was quickly depleted by mid sixteenth century. The scarcity of the precious mineral angled the local economy towards agriculture. Simultaneously, the Spanish conquest of the mineral rich areas of New Spain (Mexico) and Perú transformed the island from a small contributor in Spain’s commercial scheme to a mayor player in Spain’s imperial project. Puerto Rico’s geographic position, at the eastern edge of the Caribbean, turned the island (especially San Juan, the Capital) into one of the key frontier outposts of Spain’s West Indies dominions.

⁷ Richard Sheridan, *Sugar and Slavery. An Economic History of British West Indies (1623-1775)* (Great Britain: Caribbean University Press, 1974), 341.

⁸ Patrick O’Brian. *Men-Of-War. Life in Nelson’s Navy* (New York: W.W. Norton & Company), 1995.

The progressive militarization of the island had a tremendous impact on San Juan’s economy, urban development and social life. But while the city became a military stronghold, eventually enclosed by protective walls, the rest of the island developed a different way of life. Surrounded by its massive walls, San Juan personified the *Mare Clausum* (Closed Sea) policy and mentality. The lack of a strong military presence in the rest of the island facilitated, not only foreign attacks, but also a commercial relation with agents from other countries. While Spain’s officials in San Juan enforced the monopoly’s policies, dictated by the Spanish Crown, Puerto Rico’s western and southern regions created an economy based on subsistence farming and opened negotiations with foreign countries, even those opposed to Spain.

Dedicated to agriculture and livestock production, the lands were farmed by the colonists, with the reluctant help of the subjected native population (before they died off), the black slaves and the poor whites and mulattoes who couldn’t afford their own land. The subsistence farming was angled towards the production of cassava, corn, tobacco, vegetables, plantains, rice, among other products. However, by mid sixteenth century, the main activity was sugar cane. The planting and the reaping of sugarcane were both heavy undertakings, demanding considerable labor.

The manufacture of sugar, even by the crude small-scale methods of the sixteenth century, required a crushing mill, and power to turn it. A small mill might be turned by a mule or an ox, or even by manpower; a larger one needed a water wheel or windmill. Coppers and furnaces were needed for boiling and pots for crystallizing the juice. Carts, and beasts to pull them, were necessary for transporting cane; and the manufactured product, being full of molasses, had to be shipped in casks. The production of sugar in quantities large enough for export, therefore, required considerable initial capital and a large labor force, including unskilled hands for fieldwork and skilled men for the manufacturing process.

Spain helped to promote an active sugar industry through loans and credit lines for the colonists to acquire slaves and equipment. By 1564 there were ten sugar mills in Puerto Rico with an output of 500,000 pounds of sugar.⁹ But this bright beginning of the industry didn't last long. Due to lack of funds and investment capital, high prices of slaves, a lack of ships to transport the sugar to Spain, and other factors, the output and number of sugar mills drastically declined. In 1602, only eight mills were in operation; by 1647 only seven were left.¹⁰

As the sugar industry plunged, the possibility of developing a local rum production suffered a similar reduction. As the prime material for rum production decreased, Puerto Rico became another buyer in the French, British and Dutch West Indies' rum market. The Non-Hispanic Caribbean rum became one of the many commodities illegally acquired by the local colonists through contraband.

Throughout the last decades of the sixteenth century and most of the seventeenth, the islanders, especially those located away from the inquisitive eyes of San Juan, developed a well organized illegal commerce with Spain's perennial enemies: the French, the British and the Dutch. By the seventeenth century, the British colonies in North America also became Puerto Rico's partners in this lucrative illegal trade.¹¹ The contraband was conducted mostly by barter: local goods such as sugar, hides, tobacco, livestock, ginger and wood were exchanged for wheat, clothes, tools, slaves, and of course, the kill-devil drink. The situation was indirectly promoted and supported by the weakness of the economic policies toward the island. The economic treatment toward Puerto Rico sometimes even bordered on total

⁹ Arturo Morales Carrión, *Puerto Rico. A Political and Cultural History* (New York: W. W. Norton & Company, Inc., 1983), 35.

¹⁰ Op. Cit.

¹¹ Arturo Morales Carrión, *Puerto Rico y la lucha por la hegemonía en el Caribe. Colonialismo y contrabando, siglos XVI – XVIII* (Río Piedras: Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1995).

abandon. As an example, between 1651 and 1662 not a single ship from Spain arrived to the island.¹² From the colonists' perspective, illicit commerce with foreign agents was the most suitable remedy to their difficult situation.

As for rum production, the constraints were explicit. A Royal Decree on June 8, 1693 prohibited rum making in all the Spanish colonies. An even stronger decree was enacted in August 10, 1714, ordering that all rum-making materials be confiscated and destroyed. The decree stated that owners of such material were to be fined one hundred *pesos* for the first offense and two thousand *pesos* for the second; a third offense brought a three thousand *pesos* fine and mandatory exile.¹³

With these orders, Spain was trying to protect its own alcohol production. By the fifteenth century, Spain had a very strong wine industry. The Spanish wine and brandy were widely consumed in the Iberian Peninsula and northern Europe. They found substantial markets in the Spanish colonies as well, seeing as the local elite, *Peninsulares and Criollos*¹⁴, heavily consumed the products, mostly for their taste, but also because it reflected their social status. The wine and brandy commerce was central to Spain's economy; any threat to that industry was immediately quelled. And so, the local rum production became a target of Spain's monopolistic policies.

Nevertheless, the restrictions and penalties proved too weak to control the production and acquisition of illicit rum. When Field Marshal Alejandro O'Reilly made his landmark inspection of Puerto Rico by the 1760s, he found illegal commerce flourishing throughout the entire island, especially in the western and southern parts, at all levels, including high ranking officials of

¹² Salvador Brau, *Ensayos: Disquisiciones sociológicas* (Río Piedras: Edil, 1972).

¹³ Archivo General de Puerto Rico (AGPR). Real Cédula para que los Virreyes del Perú y Nueva España, Audiencias, Gobernadores, Corregidores y Alcaldes Mayores de ambos reinos, no permitan la fábrica y venta de aguardiente de caña, y ejecuten lo que arriba se mande. El Pardo, 10 de agosto de 1714.

¹⁴ The term *Peninsulares* referred to Spanish born individuals living in America. The term *Criollos* (Creoles) was used to refer to those born in the Spanish colonies.

the Spanish Crown. O'Reilly reported that most of the contraband was conducted with the Dutch from Curaçao and St. Eustaquio; with the Danes from St. Thomas and St. Croix and with the British West Indies. The Field Marshal indicated that although the existent sugar mills were producing rum locally, the population preferred the cheaper one introduced by illegal trade.¹⁵

Representing the Crown's interests, O'Reilly suggested crucial changes in his report, many of which became official policies. As a professional soldier, O'Reilly suggested changes in the military structures and improvements in the defense system. But he also recommended social and economic policies: the increase of authorized commercial ports, a policy to promote the immigration of people with strong economic resources whose capital could be used in the agricultural industry, the increase of sugar mills and land reform, among others. Of particular concern to our theme is O'Reilly's suggestion to decrease or eliminate restrictions and taxes upon the local rum production in order to make it more competitive and attractive for the local producers and consumers.

Alejandro O'Reilly's project was part of the Spanish Crown's new interest in Puerto Rico's affairs. The measures adopted by the metropolitan government, by the end of the eighteenth and beginning of the nineteenth century, were oriented toward creating an economically prosperous colony, not just a military bastion. Agricultural prosperity, the immigration of men with capital willing to invest, a more progressive political administration, and an active commerce with Spain and its allies, were the central points of this reform. The local rum industry benefited from the new policies, the investing capital and the newly arrived human resources. Simultaneously, the industry became an active participant in the nineteenth century economic boom.

¹⁵ *Memoria de D. Alejandro O'Reilly sobre la Isla de Puerto Rico, Año 1765*. Alejandro Tapia y Rivera: Biblioteca Histórica de Puerto Rico (Ed. Instituto de Literatura, San Juan, 1945), 526-555.

RUM INDUSTRY IN PUERTO RICO, 1800 - 1898

Local policies successfully promoted the rum industry's growth during the nineteenth century, but external factors were also vital to the industry's development. The Western World changed drastically during the last decades of the eighteenth century and the early nineteenth-century. For one, by 1783, a small group of thirteen colonies in the eastern seaboard of North America officially defeated the British Empire and emerged into the international community as the United States of America. During the period, the history of the thirteen colonies was deeply associated with the sugar industry and with its derivative: the kill-devil drink.

Great Britain's North American colonies struggled from the very beginning with profitability. The cargoes shipped from British North American ports reflected the economic diversity of the mainland colonies. Virginia and Maryland exported tobacco from their slave plantations; Carolina: cotton, indigo and rice from its tidewater plantations. The middle-colonies, self-sufficient in agricultural products, exported cereals, especially wheat, flour and bread, cattle, sheep, hogs, horses, all in great demand in the islands. Farther north, New England exported cod of superior quality for Europe and 'refuse fish' for slave plantations in the West Indies. Next in importance to cod was rum. In the 1660s there were more than 60 distilleries in Massachusetts alone, producing an excess of 2.5 million gallons.¹⁶ Around 1700, sugar refineries were also built in Baltimore and New York. However, European refiners dominated the market, so the manufacturers of the Northeast looked to rum production for greater opportunities.

The rum produced in the Northeast distilleries became the main commodity connecting the area to the slave trade. By the 1700s, New England distilleries were producing millions of gallons of cheap rum to supply traders in exchange for slaves. In Africa,

¹⁶ J.H. Parry, Philip Sherlock and Anthony Maingot, *A Short History of the West Indies* (Fourth Edition, Macmillan Caribbean, 1987), 93-107.

merchants could buy adults slaves for 110-130 gallons of rum or children for about 80 gallons.¹⁷ Rhode Island alone dominated between sixty to ninety percent of the rum trade exchange. Slave traders owned and operated thirty rum distilleries in Newport, loading casks onto over one hundred and fifty ships. It is estimated that Newport, in Rhode Island, exchanged rum for over 106,000 African slaves.¹⁸ Once brought into the West Indies, the enslaved would produce sugar; yielding molasses so the Northern colonies' distilleries could produce their rum, to exchange for more slaves, in a dehumanizing, vicious cycle of profit.

On the eve of the American Revolution, the slave trade was the foundation of the New England economy, just as slave work was the basis of the South's economy. Lubricating the economic joint between the two areas was rum. But the United States' independence closed access to the British West Indies' molasses. Thus the New England merchants turned their cargo ships toward the French and Spanish Caribbean. However, the *French connection* was about to explode.

Just as the United States was beginning its republican experiment, the Haitian Revolution shook the Atlantic World. By the 1790s, *Saint Domingue*, the jewel of the French colonial empire, began its violent and devastating fight for independence. The Haitian Revolution shut-down the most productive colony of the Caribbean, creating a vacuum for the cocoa, coffee, and of course, sugar markets all over the world. With the French and British Sugar Islands in crisis, the United States' businessmen looked toward Cuba and Puerto Rico for their molasses.

At the same time, the violence the slaves unleashed against their former French masters prompted a human and capital exile from the new Republic of Haiti. Puerto Rico became one of the main recipients of Haiti's French colonists, who arrived

¹⁷ Hugh Thomas. *The Slave Trade* (New York: Simon & Schuster, 1997), 519.

¹⁸ Jay Coughtry, *The Notorious Triangle: Rhode Island and the African Slave Trade 1700-1807* (Philadelphia: Temple University Press, 1981).

with their investment capital, technical knowledge, and some with their human property.¹⁹ Established mostly on the island's western and southern regions, the new arrivals contributed significantly to the nineteenth century sugar-production-boom.

A similar exile process occurred between the 1810s – 1820s, caused by the disintegration of the three-hundred-year-old Spanish Empire in the Americas. During these years, Spain lost all of its colonies in Central and South America and social groups unconditionally loyal to Spain (military officials, merchants and landlords of the *Peninsulares'* elite) took refuge in Puerto Rico, bringing their capital, commercial expertise, their enslaved people and their political conservatism. The combined effort of both *Peninsulares* and foreign immigrants was the force behind the growth of the sugar plantation economy during the early nineteenth century.

Another reason for the emigration increase in Puerto Rico was the Royal Decree of 1815. On August 10, 1815, King Ferdinand VII approved the Spanish Royal Decree of Graces (*Cédula Real de Gracias*), granting Cuba and Puerto Rico the right to have commercial ties with countries in good standing with Spain, and free land and special privileges to any Spaniard willing to relocate and settle in those territories. The *Cédula* also established that foreigners from friendly countries, as long as they were Catholic, could settle on the island with all their properties (including slaves). On average, all white legal settlers, Spanish or foreign, were offered six acres of free land for each family member and three additional acres for each slave. After a five-year waiting period, the foreign settlers could gain citizenship and full ownership titles to their lands. The new naturalized citizens were authorized to engage in maritime commerce and become full-fledged merchants.²⁰ The decree also authorized free trade

¹⁹ Estela Cifre de Loubriel. *La inmigración a Puerto Rico durante el siglo XIX*, (San Juan: Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1964).

²⁰ AGPR. Real Cédula de Gracias de 1815.

between the island and Spain for fifteen years and commerce with other Spanish colonies.²¹

These local policies, together with the important world events unfolding at the time (the formation of the United States, the Haitian Revolution, the Latin American wars of Independence, the turmoil in the French and British West Indies), facilitated the development of the rum industry in Puerto Rico, especially in the city of Ponce.

By the beginning of the nineteenth century, Ponce, located in the southern part of the island and officially established in 1692, had a population of 6,817. By 1828, said population increased to 14,927 inhabitants, with 3,204 of those being slaves. The city was also a major recipient of emigrants, counting three hundred and ninety-three (393) resident foreigners and another four hundred and one (401) already naturalized. In 1830, the city port (one of those authorized for commerce by the new policies) received 255 ships from Europe and the Americas. By 1828, Ponce had 1,634 acres dedicated to sugarcane, a production of 2,860 tons of crude sugar, 36 wooden sugarcane mills, 49 iron mills, 35 alembics and an annual production of 1,634 casks of rum.²²

By the time Pedro Tomás de Córdova published his significant study *Memorias geográficas, históricas, económicas y estadísticas de la isla de Puerto Rico* in 1830, the island was divided in five counties. Each county included several towns, with one designated as the official head. The data provided by Córdova showed the total rum output by 1828 as 7,292 casks, produced in 254 stills throughout the island.²³

21 AGPR. Ibid.

22 Pedro Tomás de Córdova, *Memorias geográficas, históricas, económicas y estadísticas de la isla de Puerto Rico* (Tomo II. San Juan: Imprenta del Gobierno, 1831-33).

23 Pedro Tomás de Córdova, *Memorias...* 246

NUMBER OF RUM STILLS AND CASKS PRODUCTION BY COUNTY, 1828

COUNTY	# STILLS	# CASKS
Bayamón	57	1,241
Arecibo	34	349
Aguada	46	207
San German	56	3,524
Ponce	61	1,971

Source: Pedro Tomas de Córdova. *Memorias geográficas, históricas, económicas y estadísticas de la isla de Puerto Rico*. Tomo II.

The table shows that the counties of San German and Ponce had 46% of the stills on the island. The western town of Mayagüez, included in San German's county, and the town of Ponce were the two mayor rum producers, with a total production of 3,328 and 1,634 casks, respectively. Both towns also had the largest number of acres dedicated to sugarcane, so their stills had easy access to the rum production's prime matter (molasses). Cordova's data sustained the assertion, valid throughout most of the nineteenth-century, that those who produced more sugar, produced more rum, displaying rum production as a by-product activity of the sugar industry.

However, during the closing decades of the century, this assertion grew weaker, as rum production became an industry on its own merits. The sugarcane haciendas started to see the kill-devil drink as something more valuable than just a by-product. The income from rum production became a significant contributor to the hacienda's success and survival, especially during the periods when sugar prices dropped in the international markets. Ponce is a good example of this trend.

Among the immigrants who arrived in Puerto Rico at the beginning of the nineteenth century was Sebastian Serrallés, a native of Babur, Gerona (a province of Catalonia). He settled in Ponce, where he established a sugarcane hacienda known as

Hacienda Teresa. Serrallés returned to Spain in 1859²⁴ and, after his death, the hacienda was inherited by his children. In 1861, Juan Serrallés acquired his brother's shares and became the sole owner of *Teresa* and the recently established *Hacienda Mercedita*.

The 300 acre *Hacienda Mercedita* was primarily a sugarcane farm, located between Ponce and Juana Diaz. The first harvest in 1862 was a successful one, producing 725,666 pounds of moscabada, or crude sugar. Through the years, the hacienda mechanized the most relevant steps in the sugar production process, without becoming a fully-mechanized factory, at least not during the nineteenth-century. To fight the continual decrease of sugar prices during the last four decades of the nineteenth-century, Serrallés increased production through the acquisition of additional land. By 1892, twelve production units were under his control. Serrallés also mechanized the transportation system in his farms, substituting the traditional ox cart for portable railroad lines and train wagons.²⁵

Besides sugar, *Mercedita* developed an important molasses and rum trade. The production of these two by-products was inversely proportionate to sugar production. In other words, the more moscabada derived from the sugar canes, the less molasses and rum left to be sold.

During the last decades of the nineteenth century, the rise of beet sugar industries in Europe plummeted sugar prices. Germany, Austria and France became major beet sugar producers, in part, to reduce their reliance on foreign imports of Caribbean cane sugar. Sugar beet industries in Europe, especially in France, were shielded and received government subsidies. By

24 Estela Cifre de Loubriel, *La formación del pueblo puertorriqueño. La contribución de los catalanes, baleáricos y valencianos* (San Juan: Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1975), 288.

25 Andrés Ramos Mattei, *Los libros de cuenta de la Hacienda Mercedita. Apuntes para el estudio de la transición hacia el sistema de centrales en la industria azucarera de Puerto Rico* (CEREP. San Juan, Puerto Rico, 1975).

1860, 20 percent of the world sugar production came from sugar beet. In 1890, that figured jumped to 59 percent.

This is when *Mercedita's* molasses had the best output. In 1882, Serrallés was getting three cents per pound of sugar, but he was able to sell his molasses for 40.33 pesos per 110 gallons. In 1889, *Mercedita* sold 240,000 gallons of molasses.²⁶

The exact amount of rum produced at *Mercedita* is unknown. But the hacienda's accounting books do reflect an increase in its rum sales, especially during times when the sugar prices were very low. The records show that Serrallés was distilling different types of rum, but the most common was the 23 proof.²⁷ By the 1880s, this last one was sold at fifty-cents per gallon.²⁸

By the late nineteenth century, most of the sugar haciendas in the southern region of Puerto Rico had acquired rum distilling equipment made by American or European companies.²⁹ This fact strongly suggests that rum production became a substantive contributor to the haciendas' economy. The investment in expensive equipment, the shipment costs and the taxes paid to the government for introducing foreign merchandise could only be justified by the profits derived from rum production.

The investments to increase rum production reveal that the industry was acquiring an independent status and becoming an economic force on its own; close to, but separate from the sugar industry. This is also apparent in the manner in which rum started to be publicly portrayed. In 1882, following in the tradition of important cities around the world, Ponce conducted an Agricultural Expo. Ponce's town square was the showcase for a wide range of agricultural and industrial products, newly

26 Ibid. 22-23.

27 The term proof describes the rum's alcohol content. In its most widely used form, proof is equivalent to exactly twice the percentage of alcohol per volume, i.e. 50% alcohol per volume is 100 proof.

28 Op Cit., 22-23

29 Andrés Ramos Mattei, *La Sociedad del Azúcar en Puerto Rico: 1870 – 1910* (Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras, 1988), 57-60.

imported and locally invented machinery, and exhibits ranging from horses to clothes to cigars. Among the displays presented to the attendees was the rum exhibition. A great number of landlords (owners of sugar haciendas from different parts of the island) came to Ponce to present samples of their rums and their new distilling equipment, some of it locally developed, and to take part in the rum tasting competition. Based on taste and quality, the gold medal was awarded to the rum produced in a sugar hacienda in the town of Vega Baja, which used the new *Cail and Derosne* distilling equipment.³⁰ Events like this one helped not only in the development of the rum industry, but also in its acknowledgment as a separate industrial entity.

Another important achievement of the 1882 Agricultural Expo was rum's new social appreciation. Throughout most of its history, the consumption of the kill-devil drink was associated with the lower echelons of the social scale. Rum was the drink of the working class, sailors, black slaves, Native Americans (in the United States) and poor whites, who could not afford the expensive wines and brandies imported from Europe. But the Ponce Expo brought a new trend to light: rum was now a socially acceptable drink, regardless of class origin. Breaking with the class constraints was surely one of the rum industry's strategies to present the spirit as a national beverage. But that process wouldn't be completed until the twentieth century.

José Ramón Abad, author of the report on the 1882 Agricultural Expo, commented on the fact that the basic problem with local rum was its poor quality, in part due to the use of rudimentary equipment in the distillation process. Abad concluded that the quality problems were due to a lack of knowledge of proper distillation techniques.³¹ The same concern

³⁰ José Ramón Abad, *Puerto Rico en la feria-exposición de Ponce en 1882. Memoria redactada por orden de la Junta Directiva de la misma* (Ponce, Puerto Rico. Establecimiento Tipográfico "El Comercio", 1885).

³¹ *Ibid.* 258-259.

was expressed by other observers.³² But Abad's generalized comments did not apply to all the local production.

By 1882, some rum brands were known for their quality. In Ponce, Juan Serrallés, using a distillation system imported from France, began producing rum in 1865, which he distributed locally and exported in barrels to the United States. The name Serrallés and *Hacienda Mercedita* (later Central Mercedita) became synonymous with rum production. One hundred and forty-four years later, Juan Serrallés' great grandson, Felix Juan Serrallés II, presides over Destilería Serrallés, the second largest rum producer for the United States market and distributor of most of the rum sold in Puerto Rico.

In Bayamón, a town on the northern side of the island, the name Pedro F. Fernández also became synonymous with fine rum. In 1871, Fernández returned to his sugar hacienda *Santa Ana* in Puerto Rico, after successfully graduating as a Chemical Engineer from the *Ecole Centrale des Arts et Manufactures* in Paris, France. As was customary, *Santa Ana* had its own rudimentary still to produce rum for internal consumption. By the end of the 1870s, *Santa Ana's* rum was already well-known among the family's friends who, according to oral tradition among Fernández's descendants, used to visit the hacienda and specifically ask for "rum from the barrel", a phrase that would give Fernández's rum its future commercial name: *Ron Barrilito* (Rum from the Little Barrel). In 1880, *Santa Ana* began to openly commercialize the brand. Today *Ron Barrilito* is still manufactured with a low-key-artisanal-type production model, using a secret formula handed down from one generation of the Fernández family to the next, on the same grounds as the old hacienda *Santa Ana*. One hundred and twenty nine (129) years later, *Ron Barrilito* is considered by

³² David Dinwiddie, *Puerto Rico. Its Conditions and Possibilities* (New York and London. Harper & Brothers Publishers, 1899). Dinwiddie, an American writer sent to the island by Harpers & Brothers Publishers right after the American occupation, described our local rum as "a fiery liquor, almost entirely confined to the native population", 105-106.



Beaks and Spurs: Cockfighting in PUERTO RICO

1

INTRODUCTION

2

COCKFIGHTING, A BRIEF OVERVIEW

3

COCKFIGHTING IN PUERTO RICO, 1770-1898

10

COCKFIGHTING IN PUERTO RICO, 1898-1934

14

COCKFIGHTING IN PUERTO RICO, 1934-1980

18

CONCLUSION

20

BIBLIOGRAPHY

INTRODUCTION

Cockfighting is without a doubt the oldest sport practiced in Puerto Rico. Considered by many “the National Sport”, its documented practice on the island dates back to the eighteenth century. However, cockfighting probably started with the initial European settlement of the island during the sixteenth century, as the earliest colonizers brought their leisurely pastimes along with their religion, politics and economic structure.

Currently, there are over one hundred *galleras* (cockpits) in Puerto Rico. The government, through the Cockfighting Affairs Commission, which operates under the Department of Recreation and Sports, regulates its practice. The Commission is responsible for issuing licenses, regulating fights, and enforcing norms and standardized operating procedures for all one hundred and twenty eight (128) cockfighting rings on the island. What started as a recreational activity of the Spanish conquistadores has become an industry that generates millions of dollars annually, occupying a very significant place in the island’s economy. For example, under normal circumstances there are over two hundred thousand (200,000) fighting birds in any given year that require proper breeding, training, medical care, and feeding. In 2003, the care, training and eventual sale of the fighting birds, produced over \$20 million dollars. In this particular year (2003), 191,465 fights were conducted, with an audience of 1,264,023 people in attendance, and bets reaching the amount of \$43,125,231 dollars.¹ Annually, over one million people attend the fights, generating over \$100 million dollars in bets, admission tickets, food consumption and other expenses incurred at the *galleras*.²

The existing 128 cockpits in Puerto Rico are distributed among sixty of the seventy-eight municipalities on the island.

¹ Ley de gallos de Puerto Rico. Ley Núm. 98 de 31 de julio de 2007.

² Gobierno de Puerto Rico. Cámara de Representantes. 7 de diciembre de 2012. Informe Final sobre la R. de la C. 2060, 2.

With construction dates ranging from the early 1930s throughout the late 1970s, these cockpits are mostly located on the countryside, outside the boundaries of the urban centers.



Colored municipalities have one or more galleras.

The present location of these noisy, male-dominated spaces responds to historic trends, varying from new urban planning concepts to 1930s legal dispositions. Their separation from the urban nucleus, however, could also be traced to the nineteenth century practice of building the cockpits away from the regulating eyes of the Spanish government or the persecuting policies of the U.S. authorities, which prohibited the sport for over thirty years after 1898.

The cockpits are mostly built combining wood, concrete and steel, some with the most modern amenities, others with just the officially required equipment to practice this rather bloody sport, but all with their prototypical circular fighting arena. In many instances these pits are disregarded as unimportant resources under the criticism of animal cruelty or the building’s lack of architectural appeal, but these assumptions could be misleading and lack the proper historic appreciation.

The *galleras* were considered at one time a very fundamental building and a relevant contributor to the municipalities’ cultural, social, and economic development. As an activity open to almost every male, the sport of cockfighting and the site where it took place (*galleras*) represented a timid, but persistent democratic discourse proposal; an incipient social construct that con-

tradicted the economic, ethnical and class-divided rigidity of the Spanish colonial period. After 1898, the sport was prohibited by the new United States' administrators. For the next forty years, the illegal, countryside-hidden *galleras* became a dissident space; a pit of cultural resistance, of opposition to the new colonial metropolis' policies. Puerto Rico's *galleras* are legitimate heirs to this significant past.

COCKFIGHTING, A BRIEF OVERVIEW

Cockfighting has a history that traces back to periods before Christ. The cock or rooster was regarded as an admirable animal, drawing respect from men of diverse cultures. In ancient times, the Syrians worshiped the rooster; the Greeks and the Romans associated it with the gods of Apollo, Mercury, and Mars; in Borneo, the bird was so sacred that eating its flesh was prohibited. In Ancient Sumatra, a temple was built to perform rituals and honor the rooster as a deity; the cock fights occurred in the temple itself and the losing dead animal was presented to the gods.

Although there does not seem to be a definitive point in history when cockfighting became an official sport, it was already popular among the Phoenicians, Hebrews and Canaanites approximately 3,000 years ago. Breeding gamecocks for fighting in a pit was considered an art and trading these birds was profitable. The Persians brought cockfighting to Greece and in the first century of our Common Era, Julius Cesar introduced Rome to the sport.

During the Middle Ages, the pastime spread through Europe, becoming widely practiced in France and England. In France, it was so popular that the country eventually adopted the fighting cock as the national emblem. In England, during the reign of King Henry VIII, cockfights were held at Whitehall Palace. Even exclusive schools were required to teach students the fine art of cock breeding and training. At the height of its popularity, even the British clergy encouraged the practice. Churchyards and interior church spaces were used as arenas. However, in the seventeenth

century, Queen Victoria banned the sport with a royal decree, and popularity for the cockfights, enjoyed and gambled on by both nobles and commoners alike, started to wane. Nevertheless, the sport had already migrated with English settlers to the British new world colonies, where it found fertile ground.

In Spain, cockfighting also had a long history, arriving probably through the traveling Phoenicians or the conquering Moors. Contrary to England and France, where the sport is no longer legally practiced, in Spain it is still popular in places like Bilbao, Oviedo, Madrid, Barcelona, and Valencia. The Spanish colonists brought the pastime to Puerto Rico sometime during the sixteenth century, initiating a trend that has outlived many of the original cultural traditions brought by the first Europeans to the island.³

COCKFIGHTING IN PUERTO RICO, 1770-1898

One of the most difficult tasks in producing a historical narrative about a popular tradition ("popular" in the sense of it being part of the way of life of the common folks) is the lack of proper documentation. Regular working class people do not spend their life writing about it, but living it. The lifestyle of the common folk will not be properly documented unless that record is to be used by those in a position of power to comprehend, control, regulate or extract certain benefit from said information. The research into the practice of cockfighting during the Spanish colonization confirms this statement. As long as the activity was not considered a transgression by the official powers (government, church) or there was no calculated reason to control it, to acquire economic benefits or to demonize it under a moralistic discourse, it will hardly show in official documents.

³ The information provided in this section was gathered from the following sources: George Riley Scott, *History of Cockfighting*. Beech Publishing House, 2nd edition, 1983; Encyclopedia Britannica, "Cockfight", 2008; Frederick Hawley, *The Moral and Conceptual Universe of Cockfighters: Symbolism and Rationalization*. Oklahoma Historic Society, 1993.

One of the first recorded official mentions of the sport was the local government's attempt to institutionalize it. On April 5, 1770, governor Miguel de Muesas passed a resolution to organize the practice under government surveillance. According to the decree, cockfights were not to be conducted unless they took place in officially designated areas. The measure originated the establishment of the building known as "gallera". The decree stipulated that the assignment of gallera construction contracts was to be done through public auction and granted to the highest bidder. The winner would have to finance the construction himself and pay a tax fee to the general government and to the municipality where the building was eventually located. He would get to keep the profits from the entrance fees and bets, but the building would remain a government property. Initially, the auction winner had management exclusiveness for only one year. After that, the galleras' management was again auctioned.⁴

However, even before the 1770 decree, church officials were already paying close moral attention to the popular sport. As cockfights were not listed as a banned game by civilian authorities, the Church could not oppose them, but they had enough social and political influence to modify them, if they were seen as interfering with the accepted morality. In 1750, for example, Bishop Francisco Julian de Antolino presented an edict indicating that many men in San Juan were missing mass on Sunday because cockfights were being scheduled during mass' hours. The Bishop prohibited, under harsh ecumenical repercussions, the celebration of cockfights during periods that could affect participation in mass.⁵

Another eighteen-century observer, however, entertains the idea that the population was not as anxious to follow the Es-

4 Cayetano Coll y Toste. *Boletín Histórico de Puerto Rico*. Tomo III. San Juan, Puerto Rico: Tip: Cantero Fernández, 1916, 307.

5 Ángel López Cantos. *Fiestas y juegos en Puerto Rico (Siglo XVIII)*. Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe. San Juan, Puerto Rico, 1990, 253.

tablishment's dispositions. Fray Iñigo Abbad y Lasierra, in his 1788 history of Puerto Rico, commented:

*"They are very passionate about sedentary games; the one about cocks is very common in all America and even more on this island. A decent man feels no embarrassment to walk the streets, looking for somebody with whom to match his rooster and willing to risk all his money, confident in the courage of his bird. Two heads of families can spend all day squatting in the middle of the town square, watching their birds fight, without showing any pain for losing their money, but becoming very sensitive when their cock is killed or badly hurt, as usually happens, since an extremely sharp lancet is tied to the birds' legs and as they jump, they cut and behead each other with them. The first to drop dead or flee loses the fight and his owner pays the bet, which is usually a considerable amount."*⁶

Abbad y Lasierra arrived in the island between 1771-72, and left in 1788, which makes him an eyewitness of the 1770's decree regulating the practice of cockfighting. Abbad y Lasierra's statement illustrates the futility of the policy. Evidently, the local folks kept on playing their sport in places allocated by the old customs and not the ones designated by the government.

The common folk's disregard toward the government policy responded to the various ways in which this population made their living. By the time Abbad y Lasierra wrote his observations, most of the island's inhabitants had lived outside the main towns; dispersed around the countryside, for almost three hundred years. During this long period, a free and independent peasantry developed; subsisting though agriculture and smug-

6 Iñigo Abbad y Lasierra. *Historia geográfica, civil y natural de la isla de San Juan Bautista de Puerto Rico*. Nueva edición, anotada en la parte histórica y continuada en la estadística y económica por José Julián Acosta y Calvo. Estudio introductorio por Gervasio L. García. Ediciones Doce Calles, 2002, 500. (Translation is ours.)

gling. These non-capitalist economic practices promoted the creation of an independent cultural structure that would oppose the interference of the state and its fiscal policies. It would equally oppose the moral controls of the intrusive church officials.

In spite of the people's preference to practice their cockfights in their selected places, slowly but surely, the government was able to enforce its policies, especially within the incipient urban centers. By 1786, the following towns had official *galleras*: Río Piedras, Cangrejos (Santurce), Loíza, Fajardo, Caguas, Cayey, Guayama, Coamo, Ponce, Yauco, San Germán, Cabo Rojo, Mayagüez, Añasco, Rincón, Aguadilla, Moca, San Sebastián, Utuado, Arecibo, Toa Alta, Toa Baja, Bayamón, Guaynabo and of course, San Juan.⁷

During the first decades of the nineteenth century, the development of the *galleras* increased, but probably not as quickly as the ones built in the countryside. In 1821, for example, Naguabo's mayor, a town located in the southeast region of the island, wrote to the central government in San Juan about the need to eliminate the illegal countryside *galleras*, allowing only the one in town. The angry municipal official indicated that more than six *galleras* had sprung outside of the town, stating that these were "asylums for the slackers, the undeserved, and even for those hiding from justice".⁸ Another complaint declared that these socially perturbing places were frequented by the "sons of good families".⁹

In 1822, a man named Agustín Guardiola sent a letter to the central government in San Juan from the town of Toa Baja, located a few miles west of the capital. The author complained that the town's mayor ordered the shutdown of the local *gallera*. Guardiola described the people's discontent, indicating that the sport was an "immemorial custom" and that the *gallera*'s attend-

7 Ángel López Cantos. *Fiestas y juegos en Puerto Rico*, 254.

8 Archivo General de Puerto Rico (AGPR). Fondo: Gobernadores Españoles. Asuntos Fiscales. Deudas y Gastos. Caja 199. Expediente 1821. [Consulta sobre establecimiento de galleras en Naguabo](#).

9 Ibid.

ees were "the best people in town", and that folks from nearby Toa Alta were also regular customers.¹⁰

Both letters, part of the few official documents pertaining to cockfights during the nineteenth century, show a recurrent theme. There was a shared concern among the official powers (state, church) about the socialization that transpired within the *galleras*. The practice of the sport transgressed the social boundaries established by the nineteenth century's ethnic and class-based structure. People from all walks of life were not only followers of the sport, but they were practicing it together. The *galleras*, built as ordered by the 1770 decree, but even more so the ones operating in the countryside, away from the authorities, became a laboratory where social constraints were partially and momentarily blurred. In the *galleras*, white *Peninsulares* and *Criollos* mingled with mulattos, black former slaves, and even actual slaves, in an incipient exercise in social democracy. The use and access to social spaces like schools, casinos, and even churches, were spatially and socially organized according to strict racial and class lines. The *galleras*' dynamic, however, challenged the status quo.

In a way, even the intrinsic nature of the sport attempted against the established powers. Winners were not determined by their social status, but by the objective fighting skills of the cock games. Through their birds in the arena, slaves could defeat their masters, blacks could defeat whites, *Criollos* could defeat *Peninsulares*. The traditional unwritten code among the players to honor their monetary debts at the very moment the fight was over, created an equalizing situation among the participants.¹¹

On March 14, 1825, Governor Miguel de la Torre signed into effect an extensive and detailed *Reglamento de Galleras*

10 Ibid. Expediente Hacienda 1827. Carta de Agustín Guardiola, 12 de marzo de 1822.

11 That unwritten code remains today. In Puerto Rico, cockfighting is known as "El Deporte de Caballeros" (the Sport of Gentlemen) precisely because all the bets in the *galleras* are not written down, but orally expressed and agreed upon by the players. Regardless of the amount (and they can go for thousands of dollars), the losers pay their debts as soon as the fight is over. By regulation, only the bets of the two actual owners of the cocks in the arena are displayed in a board for everyone to see.